



LA VIDA DEL
PROFETA
MUHAMMAD

Laila Azzam & Aisha Gouverneur

LA VIDA DEL
PROFETA
MUHAMMAD

La paz y las bendiciones de Allah sean con él

Por

Laila Azzam & Aisha Gouverneur

Traducido y Revisado por

Javier Peñacoba & César Domínguez

La tradicional y respetuosa fórmula de invocación de bendiciones sobre el Profeta:

“La paz y las bendiciones de Dios sean sobre él”, que realizamos cada vez que se menciona su nombre, ha sido omitida en este trabajo para hacer más fluida su lectura. Sin embargo, de buen grado se anima al lector a observar esta costumbre islámica.

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

CÓMO EMPEZÓ TODO

Hace casi 4.000 años, en la ciudad sumeria de Ur, en el valle del río Éufrates, vivía un joven llamado Abraham. La gente de Ur había adorado antes a Allah, pero con el paso del tiempo se olvidó de la verdadera religión y comenzó a rezar ante ídolos, estatuas hechas de madera o de barro y algunas veces de piedras preciosas.

Desde pequeño, Abraham no podía entender cómo su gente, y especialmente sus padres, podían hacer esas imágenes con sus propias manos, llamarles dioses y adorarlas. Siempre se negó a unirse a ellos cuando veneraban las estatuas. En lugar de eso, salía fuera de la ciudad solo y pensaba en los cielos y en el mundo que le rodeaba. Estaba seguro que lo que hacía su gente estaba mal y buscaba un camino directo.

“Al llegar la noche vio una estrella y le dijo [a su pueblo]: “¡Este es mi Señor!” Pero cuando desapareció dijo: “No adoro lo que se ausenta. Luego, al ver la Luna aparecer dijo: “¡Este es mi Señor!” Pero cuando desapareció dijo:

“Si no me guía mi Señor, seré de los pueblos extraviados.” Corán (6: 76-77)

Entonces Abraham vio la belleza y esplendor de la salida del sol y pensó que el sol debía ser la mayor fuerza del universo. Pero por tercera vez se equivocó y el sol se puso al final del día. Fue entonces cuando se dio cuenta de que Allah es el más Poderoso, el creador de las estrellas, la luna, el sol, la tierra y todos los seres vivos. De pronto se sintió completamente en paz, porque sabía que había encontrado la Verdad. Cuando le dijo a su padre y a su gente:

“cuando dijo a su padre y a su pueblo: “¿Qué adoran? Respondieron: “Adoramos ídolos, a los que estamos consagrados.” Dijo [Abraham]: “¿Acaso pueden ellos oír sus súplicas? ¿Pueden concederles a ustedes algún beneficio o pueden causarles algún daño?” Respondieron: “No, pero es lo que adoraban nuestros padres [y nosotros simplemente los imitamos]”. Dijo [Abraham]: “¿Acaso no han reflexionado en lo que adoran, tanto ustedes como sus ancestros? Ellos [los que adoran] son mis enemigos, excepto el Señor del Universo, pues él es Quien me ha creado y me guía, Él me da de comer y de beber. Cuando enfermo, Él es Quien me cura. Él es Quien me hará

morir y luego me dará vida [resucitándome], de Él anheló que perdone mis pecados el Día del Juicio...” Corán (26: 70-82)

Un día, cuando toda la gente del pueblo estaba fuera, Abraham destruyó con enfado todos los ídolos dejando sólo el mayor de ellos. Cuando volvieron todos se pusieron furiosos y recordaron lo que Abraham había dicho sobre los ídolos. Le hicieron venir y en presencia de todos le preguntaron: ¿Eres tú el que has hecho esto con nuestros ídolos, Abraham? El les replicó: Ha sido éste, el mayor de todos, preguntadle a él, si es que puede hablar. Le dijeron: ¿Tus sabes que no pueden hablarnos.

“[Abraham les dijo:] “¿Acaso adoran lo que ustedes mismos tallan? Dios es Quien los creó a ustedes y a lo que ustedes hacen”. Dijo [Abraham]: “¿Acaso adoran en vez de Dios lo que no puede beneficiarlos ni perjudicarlos [en lo más mínimo]?” Corán (37: 95-96 y 21: 66)

Finalmente Abraham les advirtió: “[Recuerda] a Abraham cuando le dijo a su pueblo: “Adoren [solo] a Dios y tengan temor de Él, eso es lo mejor para ustedes,

si supieran. Lo que adoran en lugar de Dios son solo ídolos que ustedes mismos crean falsamente. Lo que adoran en lugar de Dios no puede proveerles ningún sustento. Así que supliquen a Dios el sustento, adórenle solo a Él y agradézcanle. Porque es ante Él que comparecerán.” Corán (29: 16-17)

La gente de Ur pensó dar a Abraham el peor castigo que pudo imaginar: quemarle vivo. En el día fijado, todo el pueblo se reunió en el centro, en presencia del rey de Ur. Allí pusieron a Abraham en una choza llena de leña y le prendieron fuego. Pronto las llamas fueron tan intensas que la gente se echaba para atrás para no abrasarse. Pero Allah dijo: *“¡Pero dijo [Dios]: “¡Oh, fuego! Sé fresco y no dañes a Abraham”.* Corán (21: 69)

La gente esperó hasta que las llamas se apagaron y fue entonces cuando vieron a Abraham allí sentado, como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, el milagro que habían visto delante de sus ojos no les afectó. Abraham intentó convencer a su propio padre que se llamaba Azar, de que no adorase a estatuas que no veían ni oían ni podían hacer nada. Abraham le explicó que un conocimiento especial le había sido dado y le

imploró: Sígueme pues y te guiaré por el camino derecho, padre, no sirvas al diablo. Pero Azar no escuchó, amenazó a su hijo con apedrearle si continuaba rechazando los dioses de Ur y ordenó a Abraham que se fuera de la ciudad diciéndole: Vete lejos de mí. Abraham le dijo:

“¡Oh, padre mío! Se me ha revelado un conocimiento que tú no tienes. Sígueme, y te guiaré por el sendero recto. ¡Oh, padre mío! No adores al demonio, porque el demonio fue desobediente con el Compasivo. ¡Oh, padre mío! Temo que te alcance un castigo del Compasivo y seas de los que acompañen al demonio [al Infierno]”. Dijo [su padre]: “¡Oh, Abraham! ¿Acaso rechazas a mis ídolos? Si no dejas de hacerlo te lapidaré. Aléjate de mí por buen tiempo”. Dijo [Abraham]: “¡Que la paz sea sobre ti! Pediré perdón por ti a mi Señor. Él ha sido generoso conmigo.” Corán (19: 43-7)

Es fácil imaginar lo terrible que debió ser para él dejar su casa, su familia y todo lo que conocía y salir atravesando el desierto hacia lo desconocido. Pero, al mismo tiempo, ¿Cómo podía quedarse con una gente que no creían en Allah y que adoraban estatuas? Abraham

siempre sintió que Allah cuidaba de él y sentía que Allah estaba junto a él durante todo el viaje, que fue largo y duro. Por fin llegó a un lugar junto al Mar Mediterráneo no lejos de Egipto. Allí se casó con una mujer noble llamada Sara y se asentó en la tierra de Palestina.

Pasaron muchos años sin que Abraham y Sara tuvieran hijos. Con la esperanza de que naciera uno, y siguiendo las costumbres tradicionales, Sara le sugirió que se casara con Hayar, su sirvienta egipcia. Así lo hizo y poco después Hayar tuvo un niño al que llamaron Ismael. Poco tiempo después, Allah le prometió a Abraham otro hijo, pero esta vez nacería de su primera esposa, Sara. Este segundo hijo sería llamado Isaac. Allah le dijo también a Abraham que de estos dos hijos, Ismael e Isaac dos pueblos y tres religiones se fundarían y que por eso debía llevar a Hayar e Ismael de Palestina a otra tierra. Todo esto formaba parte de un importante plan de Allah porque los descendientes de Ismael formarían un pueblo del que surgiría un gran profeta que iba a guiar a la gente por el camino de Allah. Ese profeta iba a ser

Muhammad, el Enviado de Allah, que la bendición de Allah y su paz sean siempre sobre él. De los descendientes del hijo de Sara, Isaac, surgirían Moisés y Jesús.

Así que Abraham, Hayar e Ismael salieron de Palestina. Viajaron durante muchos días hasta que al fin llegaron al árido valle de Bacca (llamado después Meca) que estaba en una de las rutas mayores de caravanas. No había agua allí y aunque a Hayar e Ismael les quedaba muy poca de reserva, Abraham les dejó sabiendo que Allah cuidaría de ellos. Pronto se les acabó toda el agua. El niño empezó a debilitarse por la sed. Había allí cerca dos colinas, una llamada Safa y la otra Marwa. Hayar se subió a una de ellas por si veía en la distancia algo, pero no vio nada ni a nadie. Se fue entonces a la otra colina e hizo lo mismo y así fue de una colina a las otra siete veces. Después se fue triste a donde estaba su hijo pero, para su sorpresa y alegría, encontró una fuente de agua que brotaba junto a él. Esta fuente, cerca de la cual se asentaron la madre y su hijo, sería después llamada Zamzam. El valle se convirtió en un lugar de parada para las

caravanas que atravesaban el desierto y con el tiempo llegó a convertirse en la famosa ciudad de comercio de La Meca.

De vez en cuando Abraham viajaba desde Palestina para visitar a su familia allí. Veía como Ismael se iba haciendo un hombre fuerte. Fue durante una de esas visitas cuando Allah les ordenó reconstruir la Kaaba, el primer sitio donde la gente había adorado a Allah. Se les dijo exactamente dónde y cómo debían construirla. Debía ser levantada junto al pozo de Zamzam, y debía ser de forma cúbica. En la esquina del Este debía colocarse una piedra negra que había bajado a la tierra desde el cielo. Un ángel trajo la piedra que estaba entonces en una colina cercana llamada Abu Qubais. Abraham e Ismael se esforzaron en la reconstrucción de la Kaaba y mientras lo hacían rogaron a Allah que hiciera surgir un profeta de entre sus descendientes:

“Y [recuerden] cuando Abraham e Ismael levantaron los cimientos de La Casa, dijeron: “¡Oh, Señor! Acepta nuestra obra. Tú eres el que todo lo oye, todo lo sabe. ¡Señor nuestro! Haz que nosotros nos entreguemos a Tu voluntad, y que nuestra descendencia también lo haga

[como una nación de musulmanes]. Enséñanos nuestros ritos para la peregrinación y acepta nuestro arrepentimiento; Tú eres el Indulgente, el Misericordioso. “¡Señor nuestro! Haz surgir de entre nuestra descendencia un Mensajero que les recite Tus palabras y les enseñe el Libro y la sabiduría, y los purifique. Tú eres el Poderoso, el Sabio” Corán (2: 127-9)

Cuando se terminó de construir La Kaaba, Allah ordenó a Abraham que llamase a todo el género humano a peregrinar a Su Santa Casa. Abraham se preguntó: ¿Cómo podría todo el mundo oír su voz? y Allah le dijo: "Tú llámales y yo les haré venir". Así fue como comenzó la peregrinación a La Meca. Hasta el día de hoy cuando los musulmanes hacen su peregrinación siguen respondiendo a aquella llamada de Abraham.

LOS HIJOS DE ISMAEL

Los años pasaron y los hijos de Ismael tuvieron hijos. Sus descendientes se multiplicaron y formaron tribus que se extendieron por toda Arabia. Una de esas tribus se llamaba Quraish y nunca salieron de La Meca; siempre vivieron cerca de la Kaaba. Una de las obligaciones del jefe de los

Quraish era la de atender a los que venían de peregrinación a La Meca. Los peregrinos venían de todas partes de Arabia y era un gran honor el proveerlos de comida y agua.

Pero con el paso del tiempo los árabes dejaron de adorar a Allah directamente y empezaron a traer ídolos de los países que visitaban y los ponían en la Kaaba, que dejó de considerarse un santuario para Allah, como Abraham había querido que fuese, aunque seguía siendo respetado por los árabes. Para entonces, el pozo de Zamzam había desaparecido bajo la arena. Cusay, uno de los jefes de Quraish, se convirtió en el gobernador de La Meca. Tenía las llaves del templo, y las tareas de proveer de comida y bebida a los peregrinos, convocar las reuniones y entregar los banderines de guerra antes de las batallas. Después de la muerte de Cusay, su hijo Abdu Manáf, que se había hecho famoso en vida de su padre, tomó el mando de la tribu de Quraish. Después de él vino su hijo Háshim. Se dice que fue Háshim el primero que comenzó las dos grandes rutas de las caravanas de Quraish: una en verano, a Siria y el Norte, y la otra en invierno al Yemen y el Sur.

Gracias a estas caravanas La Meca se hizo rica y creció en tamaño y en importancia como centro de comercio. Un cierto verano, Háshim fue hacia el Norte para comprar mercancía y venderla después en el Yemen. En el camino paró en el oasis de Yazrib para comprar en el mercado y vio a una mujer muy hermosa; era Salma, la hija de Amr ibni Zaid, que era de una familia muy respetada.

Háshim le propuso matrimonio y fue aceptado porque era un hombre honorable y distinguido. Poco tiempo después Salma dio a luz a un hermoso niño que, como parte de su pelo era blanco, le llamaron Shayba, que en árabe quiere decir canoso. La madre y el niño se quedaron un tiempo en Yazrib donde el clima era más fresco y sano. Háshim se volvió a La Meca aunque cada año les visitaba cuando pasaba con la caravana de verano. Durante uno de esos viajes, Háshim enfermó y murió.

Shayba era un muchacho inteligente y apuesto y creció en la casa de su tío en Yazrib. Estaba orgulloso de ser hijo de Háshim ibni Manáf, jefe de Quraish, Custodio de la Kaaba y protector de

los peregrinos, aunque no llegó a conocerle bien porque cuando murió él era muy joven. A la muerte de Háshim, su hermano Al Muttalib se hizo cargo de sus deberes y responsabilidades. Viajó a Yazrib para ver a su sobrino Shayba y decidió que el muchacho heredaría algún día el puesto de su padre y que ya era tiempo de que se fuera a vivir a La Meca. Fue duro para Salma, la madre de Shayba dejar marcharse a su hijo con su tío pero al final se dio cuenta de que era para el bien de él y de todos. Al Muttalib volvió a La Meca y entró en la ciudad al medio día sobre su camello y con Shayba montado detrás. Cuando la gente de La Meca le vieron entrar pensaron que era un siervo y señalándole le llamaron Abdul Muttalib. Su tío les explicó que no era su siervo sino su sobrino Shayba y que venía a vivir con él. Sin embargo, desde aquel día a Shayba le llamaron cariñosamente con el apodo de Abdul Muttalib. A la muerte de su tío, que murió en Yemen en uno de los viajes de comercio, Abdul Muttalib ocupó su lugar. Pronto se convirtió en el miembro más respetado de su familia, querido y admirado por todos. Sin embargo, él era distinto que aquellos árabes que habían abandonado las enseñanzas de Abraham.

LA PROMESA DE ZAMZAM

El pozo de Zamzam, que desapareció cuando los árabes pusieron ídolos en la Kaaba, permanecía enterrado bajo la arena. Durante años, la gente de Quraish tenía que traer agua de lejos. Un día, Abdul Muttalib estaba muy cansado de eso y se quedó dormido junta a la Kaaba. Tuvo entonces un sueño en el que se le decía que excavase Zamzam. Cuando se despertó se quedó sin saber qué hacer porque no sabía lo que era Zamzam. El pozo había desaparecido muchos años antes de que naciera él. La noche siguiente tuvo el mismo sueño pero esta vez se le dijo donde tenía que excavar el pozo.

Abdul Muttalib tenía entonces un hijo y los dos juntos empezaron a cavar en la tierra. El trabajo era tan duro que Abdul Muttalib hizo a Allah la promesa de que, si algún día llegara a tener diez hijos que le ayudasen, a cambio sacrificaría a uno de ellos en honor a Allah. Después de tres días de trabajo por fin encontraron el pozo de Zamzam y desde aquel día todos los peregrinos beben de su agua.

Pasaron los años y Abdul-Muttalib llegó a tener diez hijos. Crecieron y llegaron a hacerse hombres. Le llegó entonces la hora de cumplir la promesa que había hecho a Allah. Les contó a los suyos acerca de la promesa y estuvieron de acuerdo en que debía sacrificar a uno de ellos. Para saber quién sería, decidieron echarlo a suerte como era la costumbre de Quraish cada vez que tenían que decidir algo de importancia. Abdul-Muttalib le dijo a cada hijo que cogiese cada uno una flecha, que escribiera su nombre en ella y que se las diesen después. Así lo hicieron y entonces se las llevó a un hombre que estaba en la Kaaba para hacer el sorteo y coger una de ellas, según el rito que tenían. Así lo hizo y la flecha que sacó fue la de Abdullah, el hijo más joven y favorito de Abdul-Muttalib. A pesar de eso, el padre llevó a su hijo cerca de la Kaaba y se preparó para sacrificarlo. Muchos de los jefes de Quraish se enfadaron y se opusieron porque Abdullah era muy joven y todos le querían mucho. Intentaron pensar una forma de salvarle la vida. Algunos pensaron en pedir consejo a una anciana sabia que vivía en Yazrib. Abdul-Muttalib tomó a su hijo y se fue a ver si ella podía decidir qué hacer. Le acompañó

alguna gente de La Meca y cuando llegaron a donde ella estaba les preguntó: ¿Cual es el precio que se paga por la vida de un hombre? Le dijeron:

Diez camellos. En aquellos tiempos, si un hombre mataba a otro, sus familiares debían dar a la familia del que había muerto un precio para hacer las paces y no buscar la venganza. Entonces la mujer les dijo que fuesen a la Kaaba y que echaran a suerte entre Abdullah y diez camellos.

Abdul-Muttalib pidió a Allah que perdonara a su hijo y todo el mundo se quedó esperando el resultado en silencio. Pero la suerte cayó otra vez contra Abdullah. Entonces su padre añadió diez camellos más pero la suerte volvió a caer en su contra. Y fueron añadiendo una y otra vez diez camellos cada vez hasta que llegaron a ser cien. Sólo entonces la suerte cayó a favor de Abdullah. El joven se salvó así y todo el mundo se puso muy contento. Abdul-Muttalib, para asegurarse, volvió a echar las flechas tres veces a suerte y las tres veces cayó a favor de Abdullah. Entonces sacrificó los cien camellos y hubo bastante comida para toda la ciudad, incluyendo animales y pájaros.

Abdullah creció convirtiéndose en un joven apuesto y su padre escogió a Amina, hija de Wahba como esposa para él. Formaban una buena pareja porque ella era la mujer más elegante de Quraish y Abdullah el mejor de los hombres. Pasaron varios meses juntos pero tuvo que dejar a su esposa para salir de viaje en una de las caravanas a Siria. En el camino de vuelta, Abdullah se puso enfermo y tuvo que quedarse en Yazrib para reponerse. La caravana siguió sin él y llegó a La Meca. Al enterarse Abdul-Muttalib de la enfermedad de Abdullah envió inmediatamente a su hijo Al-Háriz para que lo trajese pero fue demasiado tarde; cuando llegó a Yazrib Abdullah ya había muerto. Amina se quedó con el corazón roto al perder a su esposo y padre del hijo que pronto iba a nacer. Sólo Allah sabía que aquél huérfano iba a ser un día un gran profeta.

EL ELEFANTE SE NIEGA A ANDAR

Abraha fue un guerrero de Abisinia, un país de África, que conquistó El Yemen y fue nombrado vice-rey allí. Más tarde se dio cuenta de que en ciertos días del año, mucha de su gente se iba de viaje desde El Yemen y de otras partes de Arabia para ir a La Meca. Al preguntar por qué lo hacían le dijeron que iban de peregrinación a La Kaaba. A Abraha no le gustaba la idea de que La Meca fuera más importante que su propia ciudad así que decidió construir una iglesia de mármol de colores, con puertas de oro y adornos de plata y ordenó que la gente visitase ese lugar en vez de ir a La Meca. Pero nadie le obedeció.

Abraha se puso furioso y decidió destruir la Kaaba. Preparó un gran ejército encabezado por un elefante y salió en dirección a La Meca. Cuando los habitantes de la ciudad oyeron que venía se llenaron de miedo. El ejército de Abraha era enorme y no podían luchar contra él. Al mismo tiempo, ¿cómo iban a permitir que destruyera la santa Kaaba? Fueron a consultar con su jefe Abdul-Muttalib. Cuando Abraha ya estaba

cerca de La Meca Abdul-Muttalib salió a su encuentro. Abraha le recibió y le dijo: ¿Qué quieres?

Abraha había cogido los camellos de Abdul-Muttalib que había encontrado pastando a las afuera de La Meca, así que Abdul-Muttalib le contestó: Quiero que me devuelvas mis camellos. Abraha se quedó sorprendido y dijo: He venido a destruir vuestra santa Kaaba, el lugar santo de vuestros padres, ¿y tú me pides unos camellos? Abdul-Muttalib le contestó con calma: Los camellos me pertenecen a mí; La Kaaba le pertenece a Allah y Él la protegerá. Entonces se volvió a La Meca y dio órdenes a los Quraish de que dejaran la ciudad y esperasen en las montañas de alrededor, observando al enemigo.

Por la mañana Abraha se dispuso a entrar en la ciudad; le colocó una armadura a su elefante y dispuso las tropas en orden de batalla. Quería destruir La Kaaba y regresar a Yemen. Pero en ese momento el elefante se arrodilló y se negó a levantarse. No se movía por mucho que intentaban con golpes que se levantara. En cuanto le dirigían la cara hacia el camino de vuelta se levantaba y

empezaba a andar y lo mismo ocurría en cualquier otra dirección. Pero en cuanto le ponían mirando hacia la Meca se volvía a arrodillar. De pronto, viniendo desde la costa, aparecieron unas bandadas de pájaros. Cada pájaro llevaba tres piedrecitas del tamaño de guisantes y soltaban sobre el ejército de Abraha. Inmediatamente, a los soldados que les tocaban caían enfermos. A Abraha también lo tocaron y huyó aterrado con el resto de su ejército hasta llegar al Yemen donde murieron después. Los árabes, al ver a sus enemigos huir bajaron de las montañas a la Kaaba y dieron gracias a Allah.

Después de esto, los Quraish ganaron gran respeto y llegaron a ser conocidos como 'La gente de Allah' y el año en que esto ocurrió, el 570 de la era cristiana, se llamó el año del elefante. En aquel año, Allah había salvado la Kaaba y pronto hizo surgir un profeta entre los Quraish.

“¿No has observado lo que hizo tu Señor con el ejército del elefante? ¿No has visto cómo desbarató sus planes [de destruir la Ka'bah]? Y envió sobre ellos bandadas de aves que les arrojaron piedras de arcilla dura, y los dejó como beno carcomido.” Corán (105: 1-5)

NACE EL PROFETA

Un día, durante un viaje al norte, una de las caravanas árabes procedentes de La Meca encontró a un ermitaño en el desierto. Algunos de ellos se sentaron a hablar con él. Los ermitaños eran conocidos como gente sabia y a menudo los árabes les pedían consejo.

El ermitaño les preguntó que de dónde venían. Cuando le contestaron que de La Meca les dijo que Allah enviaría pronto un profeta que surgiría de entre su gente. Le preguntaron el nombre del profeta y el ermitaño les dijo que se llamaría Muhammad y que les guiaría a una nueva forma de vida. Mientras tanto en La Meca, Amina, muy triste aún por la pérdida de su esposo, se sentía especialmente sana y fuerte, esperando el nacimiento de su hijo. Durante este tiempo soñó muchas cosas. Una vez soñó que una gran luz salía de ella, muy brillante y en otra ocasión oyó una voz que le dijo que iba a tener un niño y que se llamaría Muhammad. Ella nunca olvidó esa voz pero no se lo contó a nadie. Un lunes, el doce del mes de Rabía-el Awal del año del elefante, Amina dio a luz un hijo.

Allah hace aparecer señales cada vez que nace uno de sus profetas escogidos y en aquel 12 de Rabi-al Awal del año 570 d.C. vieron muchas señales. Algunas de estas señales fueron vistas por algunos judíos que habían leído en sus escrituras acerca de un profeta que había de venir. Uno de estos sabios en Yazrib por ejemplo vio una nueva estrella brillante cuando estudiaba el cielo, que nunca había visto antes. Llamó a la gente de alrededor y señalándoles a la estrella les dijo que esa noche debía de haber nacido un profeta. Aquella misma noche, otro judío pasaba junto al lugar de reunión de los Quraish en La Meca. Les preguntó si había nacido esa noche algún niño y les dijo que si fuera así, iba a ser el profeta del pueblo árabe.

Amina hizo llegar la noticia a su suegro Abdul-Muttalib que estaba sentado junto a la Kaaba. Se puso muy contento y empezó a pensar en un nombre para el recién nacido ya que no quería darle un nombre corriente. Pasaron seis días y aún no se había decidido. El séptimo día, cuando dormía junto a la Kaaba, Abdul-Muttalib soñó que debía ponerle el nombre de

Muhammad, que quiere decir “el alabado”.

Cuando Abdul-Muttalib contó a los jefes de Quraish cómo había nombrado a su nieto, muchos preguntaron: ¿Por qué no le has puesto un nombre más corriente entre nuestro pueblo? Enseguida les replicó: Quiero que sea alabado por Allah en los cielos y por los hombres en la Tierra.

ALGÚN TIEMPO CON HALIMA

Al igual que muchas otras mujeres en La Meca, Amina decidió enviar a su hijo fuera de la ciudad durante los primeros años de su vida al desierto, donde la vida era más sana. Las mujeres beduinas solían ir a La Meca cada año a recoger a los recién nacidos y se los llevaban criándolos con ellas hasta que ya eran niños fuertes. Sus padres les pagaban bien por ello. Entre las mujeres que fueron a La Meca para tomar algún recién nacido el año en que Amina había dado a luz estaba una beduina llamada Halima y con ella su marido y un hijo pequeño también. Siempre habían sido muy pobres pero este año las cosas estaban peor que nunca porque había hambre en toda la zona. El burro que montaba Halima estaba tan débil del

hambre que se tropezaba a cada rato.

El hijo de Halima estaba llorando continuamente porque su madre no podía alimentarlo bien. La camella que tenían no les daba ni una gota de leche, Halima no sabía qué hacer y pensaba: ¿Cómo voy a criar otro niño si no tengo bastante leche ni para mi propio hijo? Cuando llegaron a La Meca, todas las mujeres de su tribu, Bani Saad, encontraron un bebé que llevarse, menos Halima. El único niño que quedaba era Muhammad, la paz y las bendiciones de Allah sean sobre él. Normalmente el padre de cada niño pagaba a la nodriza para criar a su hijo pero Muhammad era huérfano y nadie quería llevárselo, aunque era de una de las familias más nobles de Quraish. Halima tampoco quería cogerlo pero no quería ser la única mujer que volviera al desierto sin un niño que criar. Le preguntó a su esposo si deberían tomarlo o no y él le dijo que sí, diciendo: Quizá Allah nos bendiga por él. Comenzaron entonces el viaje de vuelta y cuando Halima empezó a alimentar a Muhammad, la leche de sus pechos empezó a ser cada vez más abundante

y tenía bastante para él y para su propio hijo. Cuando llegaron a su casa todo empezó a cambiar. La tierra reverdeció y las palmeras, una de las principales fuentes de alimento, se cargaron de dátiles. Incluso las ovejas y su vieja camella empezaron a dar mucha leche. Halima y su esposo supieron que todo esto ocurría porque tenían con ellos a ese recién nacido, Muhammad, a quien ya querían como a su propio hijo.

Cuando Muhammad tenía dos años Halima se lo devolvió a su madre pero insistió mucho a Amina para que se lo dejase un tiempo más y, para su alegría, Amina aceptó. Durante el tiempo que vivió con la familia de Halima en el desierto, Muhammad jugaba con los otros niños y juntos llevaban el ganado para pastar. Otras veces, sin embargo, Halima encontraba a Muhammad solo. Se dice que en cierta ocasión, dos Ángeles vinieron y lavaron el corazón de Muhammad con nieve. Así purificó Allah su corazón porque quería que Muhammad fuera el más grande de los nacidos, el sello de los profetas.

“¿Acaso no he dado sosiego a tu corazón [¡oh, Mujámmad!], te he liberado de la carga que agobiaba tu

espalda, y he elevado tu renombre? Luego de toda dificultad viene la facilidad. Realmente, luego de toda dificultad viene la facilidad. Cuando cumplas con tus obligaciones dedícate a la adoración, y a tu Señor anhela con devoción” Corán (94: 1-8). Cuando finalmente Halima devolvió a Muhammad a su madre Amina, ya era un niño fuerte. Años después él recordaba con alegría el tiempo que pasó con Halima y siempre se consideró a él mismo como de Bani Saad.

LA INFANCIA DEL HUÉRFANO

Muhammad, que Allah le de paz y bendiga, volvió a vivir con su madre en La Meca cuando tenía tres años. Tres años más tarde, Amina decidió llevar a su hijo de visita a sus tíos en Yazrib. Le dijo a su criada Baraka que preparase todo lo necesario para el largo viaje y se unieron a una de las caravanas que iban hacia allí.

Se quedaron en Yazrib un mes y Muhammad disfrutó mucho ese tiempo que pasó con sus primos. El clima allí era muy agradable y aprendió a nadar y a volar la cometa. Sin embargo, en el viaje de vuelta a La Meca, su madre se puso muy

enferma y murió. La enterraron en la aldea Al Abwa, no lejos de Yazrib. Muhammad volvió triste a La Meca con la criada Baraka. Entonces le adoptó su abuelo Abdul-Muttalib que le quería mucho y lo llevaba todas a partes con él.

Era costumbre de Abdul-Muttalib sentarse sobre una manta junto a la Kaaba. Siempre estaba allí rodeado de gente que venían a hablar con él. Pero nadie osaba sentarse en la misma manta excepto Muhammad, lo que muestra lo bien que estaban juntos el uno con el otro. Muchas veces se oía decir a Abdul-Muttalib: Este muchacho llegará a ser muy importante. Dos años más tarde Abdul-Muttalib enfermó y Muhammad estaba continuamente a su lado. Abdul-Muttalib le dijo a su hijo Abu Talib que adoptase a Muhammad cuando él muriese. Abu Talib tenía muchos hijos pero Muhammad se convirtió en parte de la familia y en el hijo favorito.

Llegó tiempo de preparar la caravana de Quraish para Siria. Abu Talib iba con ellos y llevó a Muhammad también. Después de varios días de viaje la caravana llegó a un lugar cercano a Siria donde los romanos solían hacer comercio con los

árabes. Cerca de aquél mercado había un monje llamado Bahíra. Su cueva había sido usada por otros monjes durante muchos años y contenía escrituras antiguas. Bahíra vio la caravana en la distancia y se admiró de ver que sobre ella viajaba una gran nube blanca. Era la única nube que se veía en el cielo y parecía ir dando sombra a uno de los viajeros. El monje se sorprendió aún más de ver que la nube desapareció cuando aquel viajero se sentó debajo de un árbol. Bahíra sabía por las escrituras que iba a aparecer un profeta después de Jesús y deseaba poder verlo antes de morir. Dándose cuenta de que lo que veía era un milagro empezó a pensar que su deseo podría hacerse realidad.

El monje envió un mensaje a la caravana invitándoles a comer con él. Los árabes se sorprendieron porque solían pasar a menudo por allí pero Bahíra nunca les había invitado antes. Cuando estaban reunidos para comer, el monje preguntó si habían venido todos. Alguien le contestó: No, falta un muchacho que se ha quedado cuidando los camellos. Bahíra insistió en que el muchacho tenía que venir. El muchacho

era Muhammad. Cuando llegó, Bahíra no dijo nada pero le estuvo observando mientras comían. Notaba por su aspecto muchas cosas que coincidían con la descripción que existía en los antiguos manuscritos. Después tomó aparte a Muhammad y le hizo muchas preguntas y pronto supo lo que sentía el muchacho acerca de los ídolos en la Kaaba. Cuando Bahíra intentó hacerle jurar por ellos, como lo hacían los árabes, Muhammad dijo: No hay cosa que más odie en este mundo que eso. Hablaron acerca de Allah y sobre la vida y la familia de Muhammad. De todo lo que hablaron, Bahíra pudo estar seguro de que ese era el profeta que iba a venir después de Jesús.

El monje se dirigió a Abu Talib y le preguntó que qué relación tenía con Muhammad y Abu Talib le dijo que era su hijo. El Monje le dijo que no podía ser su hijo porque ese niño estaba destinado a crecer huérfano y le encomendó a Abu Talib que cuidase mucho a Muhammad. Hay muchos relatos acerca de la juventud de Muhammad. Algunos nos cuentan de cómo solía cuidar las ovejas de su familia y llevarlas a pastar. Siempre era amable con ellas. Mientras pastoreaba

solía sentarse como meditando en los misterios de la naturaleza.

A diferencia de los que le rodeaban, nunca adoró a los ídolos ni juró por ellos. También se preguntaba por qué la gente siempre estaba peleándose por dinero o poder. Le entristecía y le hacía sentirse solo, pero se guardaba sus sentimientos dentro de sí. Era un niño tranquilo y pensativo aunque jugaba con otros muchachos de su edad. En una ocasión fue con otros niños a una boda en La Meca. Cuando llegaron a la casa oyó el sonido de la música y el baile pero cuando iba a entrar se sintió cansado de repente y sentándose, se quedó dormido. No se despertó hasta la mañana siguiente, cuando la fiesta había terminado. Así evitó Allah que Muhammad hiciera algo sin sentido, ya que quería preservarlo para algo mucho más importante.

EL MATRIMONIO DEL PROFETA

Cuando el Profeta tenía veinticinco años ya era conocido por su honradez. Era respetado por toda la gente, incluso por los mayores de La Meca. La pureza de su carácter aumentaba con los años. Parecía tener un conocimiento interior que los demás no tenían. Creía en un solo Dios, creador del mundo, y le adoraba con todo su corazón y con toda su alma. Muhammad era el mejor de su gente; el más amable, sincero y de más confianza en toda la Meca. Era conocido entre los Quraish como “El honrado”, alguien digno de total confianza, por el carácter que Allah le había dado. Entre los Quraish había una mujer rica y respetada de nombre Jadíya. Era comerciante y al oír hablar de la buena fama de Muhammad le pidió que si podía encargarse de sus bienes y comerciar con ellos en Siria. Muhammad aceptó y salió para Siria con una de las caravanas de Jadíya. Le acompañó en el viaje un esclavo de Jadíya llamado Maisara con quien pasaba largos ratos hablando. Maisara pronto empezó a admirar a Muhammad y pensó que era

muy diferente de todos los demás hombres de Quraish.

Durante aquel viaje ocurrieron dos sucesos extraordinarios que dejaron completamente sorprendido a Maisara. El primero ocurrió cuando se pararon a descansar cerca de la casa solitaria de un monje. Muhammad se sentó bajo un árbol mientras Maisara estaba haciendo algunas tareas. El monje se acercó a Maisara y le preguntó: ¿Quién es ese hombre que descansa bajo el árbol? Un hombre de Quraish, la tribu que custodia la Kaaba, le contestó. El que está sentado debajo del árbol es un profeta, le dijo el monje. El segundo suceso ocurrió en el viaje de vuelta a La Meca. Ocurrió al mediodía, cuando más calentaba el sol. Maisara iba cabalgando detrás de Muhammad y cuando más apretaba el calor, vio dos ángeles aparecer sobre Muhammad y protegerle de los rayos del sol.

El viaje fue muy provechoso y Muhammad consiguió más ganancias para Jadíya de las que nunca había recibido antes. Cuando llegaron de vuelta a la Meca Maisara le contó a Jadíya todo el viaje y lo que había notado sobre el carácter

de Muhammad y su comportamiento. Jadíya era viuda y era, además de rica y respetada, muy hermosa. Muchos hombres querían casarse con ella, pero no aceptó a ninguno. Sin embargo, cuando conoció a Muhammad, pensó que era un hombre muy especial. Envió a una persona a preguntar por él, que por qué no estaba casado y Muhammad le dijo que era porque no tenía dinero. Aquella persona amiga le dijo: Supón que una mujer rica, hermosa y noble estuviera dispuesta a casarse contigo. Muhammad preguntó que quién podía ser esa mujer y cuando el amigo le dijo que era Jadíya se alegró porque la respetaba mucho. Entonces fue con dos de sus tíos, Hamza y Abu Talib, a visitar al tío de Jadíya y pedir su consentimiento al matrimonio. Así lo hizo y poco después Muhammad y Jadíya se casaron. Fue un matrimonio feliz y bendito, aunque no faltaron momentos de tristeza. Tuvieron dos hijos y cuatro hijas. Pero el primer hijo, al que llamaron Kásim, murió poco antes de cumplir dos años y el otro, sólo vivió unos días. Felizmente, sus cuatro hijas Zainab, Rukaya, Ummu Kalzum y Fátima, todas vivieron.

Durante algunos años, Muhammad vivió una vida tranquila como comerciante en La Meca y su sabiduría y prudencia beneficiaban a mucha gente. En cierta ocasión, los Quraish decidieron reconstruir la Kaaba. Era una decisión muy difícil para ellos porque tenían que derribarla primero y la gente tenía miedo de que Allah pudiera enfadarse con ellos por derribar su santuario. Finalmente, uno de los sabios mayores de Quraish decidió comenzar y todo el mundo le siguió. Trabajaron en la demolición hasta que llegaron a los primeros cimientos, los que Abraham mismo había puesto. En cuanto intentaron moverlos, un temblor de tierra sacudió toda la ciudad. Se asustaron tanto que decidieron dejarlos sin tocar y construyeron sobre ellas el nuevo edificio. Cada tribu trajo piedras y construyeron la Kaaba hasta que llegaron al sitio donde tenían que poner la piedra negra. Entonces empezaron a discutir sobre quién iba a tener el honor de levantarla hasta su sitio en una de las esquinas de la Kaaba. Casi llegaron a pegarse en la discusión; pero, afortunadamente, uno de los hombres ofreció una solución: seguir el consejo de la primera persona que entrara al santuario. Todos estuvieron de acuerdo y, al ver

que el primero en entrar fue Muhammad, se sintieron satisfechos, ya que todos confiaban en su honradez. Le dijeron la causa de la disputa y él les pidió que trajesen una capa amplia y que la pusieran en el suelo. Puso la piedra en el medio de la capa y les dijo entonces que un hombre de cada tribu la sujetase por un extremo y así la levantarían todos a la vez hasta al altura en que debía ponerse. Cuando así lo hicieron, él mismo la tomó de la capa y la puso en su sitio. Esta historia muestra cómo todos los Quraish confiaban en Muhammad y cómo por su sabiduría y buen sentido, supo mantener la paz.

LA APARICION DEL ARCANGEL GABRIEL

Muhammad, (que Allah le bendiga y de paz) creía que había un sólo Dios, creador del sol, la luna, la tierra, el cielo y todas las cosas y creía que toda la gente debía adorarle. A menudo, Muhammad solía dejar la ruidosa ciudad para retirarse a una cueva en el monte Hirá. Allí le gustaba estar solo, lejos de todos los pensamientos mundanos y de la vida ordinaria, comiendo y bebiendo muy poco.

Cuando tenía 40 años, Muhammad salió de La Meca para pasar Ramadán, el mes tradicional de retiro, en aquella cueva. Pasada la mitad del mes, Allah comenzó a revelar su mensaje a la humanidad a través de Muhammad. La primera revelación ocurrió de la siguiente forma: El Arcángel Gabriel se le presentó en la cueva y le dijo: - Lee. Muhammad replicó: - No sé leer. Entonces el Arcángel le abrazó y empezó a apretarle hasta que casi no podía resistirlo. Entonces le soltó y le volvió a decir: - ¡Lee!

- No puedo

Contestó Muhammad, con lo que el Arcángel volvió a abrazarle y soltarle. Por tercera vez el Arcángel le dijo que leyera y de nuevo Muhammad dijo que no podía. De nuevo le abrazó muy fuerte pero esta vez, al soltarle, le dijo: *“¡Lee! [¡oh, Mujámmad!] En el nombre de tu Señor, Quien creó todas las cosas. Creó al hombre de una célula embrionaria. ¡Lee! Que tu Señor es el más Generoso. Enseñó la escritura con la pluma y le enseñó al hombre lo que este no sabía.”* Corán (94: 1-5) Muhammad repitió estos versos tal y como el Arcángel los había dicho y cuando Gabriel se aseguró de que Muhammad los había aprendido de

memoria, desapareció. Al quedarse solo Muhammad no podía entender lo que le había pasado. Estaba muy asustado y salió corriendo de la cueva. Pensando en la naturaleza de aquello. Pero fue interrumpido por una voz del cielo que decía: “Muhammad, tú eres el Enviado de Allah y yo soy Gabriel”.

Regresó perplejo a su casa con Jadíya. Cuando su mujer le vio, se preocupó mucho al verle temblar como si tuviera fiebre. El pidió que le envolviera en mantas y así lo hizo. Después de un rato, ya recuperado un poco, pudo contarle lo que había ocurrido en el monte Hirá. Jadíya creyó todo lo que le contó y con gran respeto le dijo: “Alégrate y ten confianza, hijo de mi tío. Te juro por Allah, que tiene mi alma en Sus manos, que tú vas a ser el Profeta de nuestra gente.” Muhammad se tranquilizó con la fe que ella tuvo en él, estaba agotado después de todo lo ocurrido y se durmió.

Jadíya dejó al Profeta durmiendo y fue a ver a su primo Waraca ibni Naufal para preguntarle qué pensaba de todo aquello. Waraca era un hombre muy sabio que había leído muchos libros y se había hecho cristiano tras estudiar la Biblia. Le dijo a

Jadíya que Muhammad había sido escogido por Allah para ser su Mensajero. Al igual que antes el Arcángel Gabriel a Moisés le había ordenado guiar a su gente, así también Muhammad sería el Profeta de su gente. Pero Waraca le advirtió que no todo el mundo le escucharía y que algunos iban a maltratar a sus seguidores. Pero que sin embargo debía ser paciente porque recibiría un gran mensaje para todo el mundo. Desde aquél día, el Arcángel Gabriel venía a menudo al Profeta. Los versos que le enseñaba, el mensaje de Allah a la Humanidad, eran más tarde escritos y son lo que hasta hoy conocemos como el santo Corán.

LOS PRIMEROS MUSULMANES

Desde aquel gran día del mes de Ramadán, las revelaciones continuaban viniendo al Profeta. Ahora entendía lo que debía hacer y se preparaba para lo que había de venir. Sólo un hombre fuerte y valiente con la ayuda de Allah puede ser un verdadero Profeta porque la gente a menudo se niega a escuchar el mensaje de Allah.

Jadíya fue la primera en creer al Profeta y aceptar como verdad lo que él traía de Allah. A través de

ella, Allah le facilitaba las cosas a él. Jadíya le daba fuerza, le ayudaba a comunicar su mensaje y se opuso a la gente que estaba contra él.

La Revelación cesó durante algún tiempo y el Profeta estaba molesto y preocupado, pensando que Allah le había abandonado, o que podía haber causado su enojo de alguna manera y que Allah no le consideraba digno de su Mensaje. Pero el Arcángel Gabriel volvió y le trajo la siguiente “sura” o capítulo del Corán:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Juro por el resplandor matinal, por la noche cuando se serena, que tu Señor no te ha abandonado ni aborrecido [oh, Mujámmad]. La vida del más allá será mejor para ti que esta. Tu Señor te agraciará y te complacerá. ¿Acaso no te encontró huérfano y te dio amparo, y te encontró perdido y te guió, y te encontró pobre y te enriqueció? No maltrates al huérfano ni rechaces al mendigo. Y divulga las bendiciones de tu Señor.” Corán (93: 1-11)

El Profeta empezó a hablar en secreto sobre el Mensaje de Allah a aquellos que estaban más cerca y en los que podía confiar. Por aquellos días La

Meca estaba pasando por tiempos difíciles, porque había escasez de alimentos. Abu Talib, el tío del Profeta que se había encargado de él a la muerte de su abuelo, tenía dificultades en alimentar a toda su gran familia. El Profeta dijo que él y otro tío suyo, Al-Abbás, que era un hombre rico, llevarían cada uno a su casa a uno de los hijos de Abu Talib para así ayudarlo. El Profeta tomó a Alí y su tío tomó a Yaafar.

Un día, cuando el Profeta estaba fuera de la ciudad, el arcángel Gabriel se le apareció, golpeó con el pie el lado de una colina y surgió un manantial de agua. Entonces empezó a lavarse allí para mostrar al Profeta cómo hacer la ablución o lavado ritual que debía hacerse antes de las oraciones. Después el ángel le enseñó todas las posiciones, movimientos y palabras que debían realizarse y decirse en el Saláh (Oración). El Profeta volvió a su casa y enseñó todas estas cosas a Jadíya y después a sus seguidores. Desde aquel día los musulmanes se purifican antes del Saláh realizando la ablución (wudú) y hacen y dicen lo mismo que hizo entonces el Profeta.

Al principio, sólo el Profeta y su esposa sabían estas cosas. Un día, Alí entró en la habitación y encontró al Profeta y a Jadíya haciendo la Oración.

Le sorprendió mucho lo que vio y preguntó que qué estaban haciendo. El Profeta le explicó que estaban alabando y dando gracias a Allah. Aquella noche Alí se quedó en vela pensando en todo lo que el Profeta había dicho. Tenía una gran admiración por su primo. Al final se decidió y a la mañana siguiente se fue al Profeta y le dijo que quería seguirle. Así Jadíya fue la primera mujer que abrazó el Islam, las enseñanzas que el Profeta trajo de parte de Allah, y Alí fue el primer joven. Poco después se sumó Zaid ibni Háriza, un esclavo que el Profeta había liberado y adoptado.

El Profeta empezó a salir fuera de La Meca con Alí para hacer las Oraciones. Un día pasó cerca de ellos Abu Talib y cuando les vio se paró y les preguntó qué hacían. El Profeta le contestó que estaban rezando y siguiendo la misma religión de Abraham, que le había sido ordenado que guiara a la gente hacia la verdad de Allah. Abu Talib miró a su

hijo Alí y dijo: “Muhammad, nunca va a hacer que hagas algo malo; vete tú con él, pero yo no puedo dejar la religión que sigo ahora y que siguió mi padre.” Entonces, volviéndose hacia el Profeta, le dijo: “Aún así, te prometo, Muhammad, que nadie te hará daño mientras yo esté vivo.” Diciendo eso, siguió su camino.

En esos días, las noticias de que Muhammad era un Profeta llegaron a un hombre honesto, sabio y respetado comerciante llamado Abu Bakr. Él conocía bien a Muhammad y no podía creer que pudiera mentir nunca, así que fue a averiguar por sí mismo si era verdad lo que decían. El Profeta le dijo que era cierto que había sido enviado por Allah para enseñar a todo el mundo a adorar al único y verdadero Dios. Al oír esto de los propios labios del Profeta, Abu Bakr supo que era verdad y creyó en ese mismo momento. Más tarde, el Profeta dijo que cada persona a quien había invitado al Islam había mostrado señales de incredulidad o de dudas excepto Abu Bakr; cuando se le dijo de qué se trataba, no se quedó atrás ni dudó.

Por ser un hombre sabio, honrado y amable, la

gente siempre había acudido a él para pedirle consejo. Era un hombre influyente y a través de él mucha gente vino al Islam. Entre ellos Saad ibni Wakkás, el tío de Amina, la madre del Profeta. La noche anterior a que Abu Bakr le visitara y le hablase del Islam, Saad había soñado que estaba caminado en la oscuridad. Mientras andaba vio la luna y cuando la miró vio a Alí, Abu Bakr y Zaid, el esclavo liberado del Profeta, haciéndole señas para que fuera y se uniera a ellos. Cuando Abu Bakr le habló acerca del nuevo mensaje, entendió el sentido de su sueño y se fue directamente al Profeta y se declaró musulmán. Entendió que ser musulmán era someterse uno mismo a la voluntad de Allah, adorarle sólo a Él y seguir a su Mensajero.

Otra persona que llegó al Islam a través de Abu Bakr fue Bilal. Un noche Abu Bakr fue a casa de Umayya ibni Jalf, uno de los hombres más importantes de Quraish. Umayya estaba fuera y Abu Bakr encontró en su casa sólo a Bilal, el esclavo de Umayya. Abu Bakr habló con él sobre el Islam y antes de que se fuera, Bilal ya se había hecho musulmán.

El número de gente que seguían al Profeta empezó a crecer. Algunas veces solían salir todos juntos de la ciudad a las montañas de alrededor de La Meca para escuchar recitar el Corán y sólo unos pocos conocían el Islam en aquellos días.

COMIENZAN LAS DIFICULTADES

Pasaron así tres años hasta que un día el Arcángel Gabriel vino al Profeta y le ordenó comenzar a predicar abiertamente a todo el mundo, y el Profeta dijo a la gente de Meca que tenía algo muy importante que decirles. Se puso de pie en la loma de una colina llamada Sáfa y la gente se juntó a su alrededor para escuchar lo que tenía que decir.

Comenzó por preguntarles si le creerían si les dijera que había un ejército a punto de atacarles. Le contestaron que por supuesto le creerían porque nunca mentía. Entonces les dijo que él era un mensajero de Allah, enviado para mostrarles el camino recto y para advertirles contra castigos terribles si no le seguían y si no

adoraban sólo y nada más que a Allah. Entonces, Abu Lahab, uno de sus tíos que estaba allí se puso repentinamente de pie y dijo: “¡Maldito seas! ¿Nos has convocado aquí sólo para decirnos eso? Entonces Allah reveló al Profeta la siguiente sura del Corán:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“¡Maldito sea Abu Lahab y que perezca! No le servirán de nada su poder ni sus bienes materiales. Será arrojado en el fuego llameante junto con su mujer, la que acarreaba espinas, que llevará en su cuello una cuerda de fibras de palmera.” Corán (111: 1-5)

Entonces la multitud se dispersó y el Profeta se quedó solo. Unos días después el Profeta lo intentó otra vez. Preparó una comida para todos sus tíos en su casa. Después de la comida les habló diciéndoles: “¡Hijos de Abdul Muttalib! No conozco a ningún árabe que haya venido a vosotros con un mensaje mejor que el que yo traigo; os traigo la mejor de las nuevas para esta vida y para la otra. Allah me ha ordenado que os invite a ir hacia Él. ¿Quién de vosotros me ayudará en esta tarea?”

Todos los hombres se quedaron en silencio. Entonces su primo Alí saltó y dijo: “Enviado de Allah, yo te ayudaré”. Entonces todos se levantaron y se fueron riéndose de que sólo un muchacho estaba dispuesto a ayudar al Profeta. La mayoría de la gente y de sus tíos ignoraron su mensaje y él seguía reuniéndose con sus amigos en secreto en una casa cerca de la colina de Safa. Ahí rezaban juntos y les enseñaba la religión del Islam. A pesar de que procuraban pasar desapercibidos, algunas veces los que no creían abusaban de ellos. Sin embargo, gracias a uno de esos incidentes ocurrió una conversión al Islam inesperada. Un día cuando el Profeta volvía a su casa hablando con sus compañeros, se encontró con Abu Yahl, uno de los líderes de Quraish que odiaba al Profeta y sus enseñanzas. Abu Yahl empezó a insultarle y a hablar con desprecio del Islam pero el Profeta no contestó y siguió su camino.

Más tarde, uno de los tíos del Profeta, Hamza, que era un guerrero fuerte y valiente que todos temían, oyó que su sobrino había sido insultado. Lleno de ira se fue directo a la Kaaba que era donde estaba

Abu Lahab sentado con otra gente, le dio un fuerte golpe en la cara con el arco y le dijo: “¡pégame si puedes!” Algunos de los que estaban con él se levantaron para defenderle pero él les detuvo diciendo: “Dejad a Hamza. Es verdad que he insultado sin derecho a su sobrino.” Desde aquél día Hamza siguió las enseñanzas del Profeta y con su conversión al Islam los Quraish se dieron cuenta de que el Profeta tenía fuerte apoyo y durante algún tiempo dejaron de perseguirle.

Sin embargo, pronto los jefes de Quraish se llenaron de ira otra vez al ver que el Profeta seguía enseñando. Un grupo de ellos fue a casa de su tío Abu Talib que le había prometido protegerle. Le dijeron que pidiese al Profeta que dejase de atacar a sus dioses y a su forma de vida y que, a cambio, ellos le dejarían practicar su religión como quisiera. Pasado algún tiempo vieron que no había manera y volvieron a hablar con Abu Talib. Esta vez le dijeron que si no paraba a su sobrino, lucharían contra los dos. Abu Talib se encontraba muy molesto por la tensión entre su gente pero no podía faltar a la palabra que había dado a su sobrino. Mandó llamar al Profeta

y le contó lo que había pasado diciéndole: “Líbrame y líbrate de todo esto, no me hagas cargar con lo que no puedo”. El Profeta pensó que su tío podría abandonarle y quedarse sin su protección, pero le contestó: “Tío mío, te juro por Allah que aunque pusieran el sol en mi mano derecha y la luna en mi izquierda a cambio de que abandonase esta causa, no cesaría hasta que Allah hiciese vencer la Verdad o morir yo por ello”. Abu Talib se quedó muy impresionado por su respuesta y le dijo al Profeta que le apoyaría mientras viviese y le animó a seguir extendiendo el mensaje de Allah. Desde aquel momento, aunque los jefes de Quraish intentaron mucho convencerle de que dejase de proteger a su sobrino, él se negó siempre a escucharles.

Para acabar con el Profeta y sus compañeros, sus enemigos empezaron a perseguir a los musulmanes más pobres y débiles o a los que no tenían protectores fuertes. Una de esas personas era Bilal, el esclavo de Umayya ibni Jal-láf. Su amo, al saber que era musulmán, le sacaba fuera al desierto, le ataba y le dejaba allí al sol con una gran piedra encima del pecho. Afortunadamente,

un día Abu Bakr pasaba por ahí, vio a Umayya torturándole y compró a Bilal, pagando una gran suma a su dueño, y después le hizo libre.

Pero no todos los musulmanes perseguidos tuvieron la suerte de Bilal. Muchos sufrieron enormemente; pero todos aguantaron con paciencia, sabiendo que estaban en lo justo y que su recompensa en la otra vida sería mayor que la felicidad que pudieran encontrar en la tierra.

EL REY QUE CREYÓ

Mientras el número de seguidores del Profeta crecía, también crecía la ira de sus enemigos. Algunos de los musulmanes decidieron irse a otro país para vivir ahí en paz. Habían pasado sólo cinco años desde que el Arcángel Gabriel había venido por primera vez al Profeta y dos años desde que había hablado en público. Los musulmanes le pidieron al Profeta que les permitiese abandonar La Meca. Él estuvo de acuerdo y les dijo: “Lo mejor sería que fuéis a Abisinia. El rey ahí es un hombre justo y es un país amistoso. Quedaos ahí hasta que Allah haga posible la vuelta.”

Unos cuantos se prepararon para el viaje. Decidieron esperar a que fuera de noche para salir sin que les vieran. Los dieciséis primeros salieron de La Meca y después de llegar a la costa del Mar Rojo, lo cruzaron y llegaron a Abisinia. Otro grupo de ochenta y tres hombres y diecinueve mujeres salieron después, esperando todos ser bien recibidos por el rey y la gente de aquél país. Esta fue la primera *Hégira* o emigración que ocurrió en el Islam.

Los hombres de Meca se pusieron furiosos al ver que algunos musulmanes habían dejado la ciudad en secreto porque entre ellos había quienes eran hijos e hijas de las familias más notables de La Meca. Su ira fue aún mayor cuando supieron que habían sido muy bien recibidos en Abisinia.

Los líderes de Quraish decidieron enviar a dos de sus hombres al rey con la esperanza de convencerle para que hiciera volver a los musulmanes. Los hombres escogidos fueron Amr ibnil Aas, un orador muy hábil, y Abdullah ibni Rabía. Antes de encontrarse con el rey, dieron a sus consejeros un regalo diciendo: “Unos cuantos ignorantes de

nuestra gente han venido para acogerse en vuestro país. Nuestros jefes nos han enviado para convencer a vuestro rey de que los haga volver, así que cuando hablemos al rey acerca de ellos, aconsejádle que nos los entregue”. Los consejeros estuvieron de acuerdo. Amr ibnil Aas y Abdullah ibni Rabía fueron entonces al rey y le ofrecieron también un regalo diciendo: “Alteza, esta gente ha abandonado la religión que siempre hemos seguido en La Meca pero no para hacerse cristianos como su Majestad”. Los consejeros reales, que también estaban presentes le dijeron al rey que los de La Meca habían dicho la verdad y que debería devolver a los musulmanes a su propia gente. Pero el rey se enfadó y dijo: “No, por Allah lo juro, no voy a entregarlos. Unos hombres que han venido para pedir mi protección y quedarse a vivir en mi país y que me han elegido a mi entre otros reyes no van a ser traicionados. Les reuniré aquí y les preguntaré acerca de lo que estos dos hombres han dicho. Si es verdad lo que han dicho los de La Meca los entregaré y enviaré de vuelta a su propia gente pero si los de La Meca han mentido protegeré a los musulmanes.”

Amr se disgustó mucho con esto porque lo que él quería evitar a toda costa es que el rey escuchara lo que los musulmanes tenían que decir. El rey convocó a todos y cuando los musulmanes entraron no se arrodillaron delante de él como era la costumbre de los abisinios.

- ¿Por qué no os arrodilláis delante de vuestro rey?

- Les preguntó uno de los consejeros.

- Nos arrodillamos sólo ante Allah- contestaron ellos.

Entonces el rey les pidió que le hablasen de su religión. Yaafar ibni Abitalib, el hermano de Alí y primo del Profeta, fue elegido para hablar de parte de los musulmanes y dijo:

- Oh rey: Antes estábamos en la ignorancia nosotros y nuestros antepasados nos habíamos desviado de la fe de Abraham que con Ismael había reconstruido la Kaaba y había adorado sólo a Dios. Usábamos ídolos en nuestra adoración a Allah, comíamos carne que no había sido sacrificada como es debido, nos repartíamos lo que era de nuestros vecinos, el fuerte abusaba del débil. Hacíamos cosas terribles de las que no me

atrevo a hablar. Esta era nuestra vida hasta que Allah envió a un mensajero de entre nosotros, uno de nuestros parientes, a quien siempre habíamos conocido como honrado, bueno y leal. Nos pidió ser sinceros y honrados, respetar y ayudar a nuestros vecinos, honrar a nuestras familias, abandonar nuestras malas obras y dejar de pelear continuamente. Nos pidió que cuidásemos de los huérfanos. Nos ordenó no calumniar ni hablar mal de otros. Nos ordenó adorar sólo a Allah y no adorar a nadie ni a nada junto a Él. Nos ordenó rezar, dar limosna y ayunar. Creemos que está guiado y por lo tanto le seguimos y hacemos lo que nos ha mandado. La gente de La Meca empezó a atacarnos y a impedir que practicáramos nuestra religión. Por eso tuvimos que dejar nuestras casas y hemos acudido a ti, esperando encontrar justicia.”

Al rey, que era cristiano, le afectaron estas palabras. Amr tenía que pensar rápidamente la forma de ganar la discusión. Astutamente le dijo al rey: “Esta gente no cree en Jesús como crees tú”. Entonces el rey quiso saber lo que el Profeta había dicho acerca de Jesús. Yaafar contestó

recitando del capítulo del Corán que cuenta la historia de Jesús y su madre María. Estas son algunas de las aleyas que recitó:

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“Recuerda [Job, Mujámmad!] la historia de María que se menciona en el libro, cuando se apartó de su familia para retirarse a un lugar al este y puso un velo para apartarse de la vista de los hombres de su pueblo. Entonces le envié a Mi ángel, quien se le presentó con forma humana. Ella dijo: “Me refugio en el Compasivo de ti, [apártate de aquí] si es que tienes temor de Dios”. Le dijo: “Soy un enviado de tu Señor para agraciarte con un hijo puro”. Ella dijo: “¿Cómo voy a tener un hijo si no me ha tocado ningún hombre ni he fornicado?” Le dijo [el ángel]: “Así será, pues tu Señor dice: ‘Eso es fácil para Mí. Lo convertiré [a tu hijo] en un milagro y una misericordia para la humanidad. Es un asunto decidido’”. Cuando se sintió embarazada, decidió retirarse a un lugar apartado. Los dolores de parto la llevaron junto al tronco de una palmera. Exclamó: “Preferiría haber muerto antes que esto, y así hubiera sido olvidada completamente”. Entonces [el ángel] la llamó desde abajo [del valle]: “No estés triste, tu Señor ha hecho fluir debajo de ti un arroyo. Sacude el tronco de la

palmera y caerán sobre ti dátiles frescos. Come, bebe y ámate. Pero cuando veas a alguien dile: ‘He realizado un voto de silencio al Compasivo, y no hablaré hoy con ninguna persona’”. Se presentó ante su pueblo llevándolo en brazos [a Jesús]. Le dijeron: “¡Oh, María! Has hecho algo abominable. ¡Tú descienes de Aarón! Tu padre no era un hombre deshonesto ni tu madre una fornicadora”. Ella lo señaló [al niño], y entonces le dijeron: ¿Cómo vamos a hablar con un niño que aún está en la cuna?” Entonces [Jesús] habló: “Soy un siervo de Dios, Él me revelará el Libro y hará de mí un Profeta. Seré bendecido dondequiera que me encuentre, y me ha encomendado hacer la oración, dar caridad mientras viva, honrar a mi madre, y no ser arrogante ni insolente. La paz fue conmigo el día que nací, el día que muera y el día que sea resucitado”. Corán (19:16-33)

Cuando el rey oyó esto, se le llenaron los ojos de lágrimas. Volviéndose a su corte dijo: “Estas palabras han venido por cierto de Dios, lo que diferencia a musulmanes y cristianos es muy poco. Lo que Jesús y Muhammad han traído proviene de la misma fuente.” Así, los musulmanes tuvieron permiso del rey para vivir en paz en su país. A Amr le devolvieron sus regalos y los dos de La Meca

se volvieron a casa amargamente decepcionados.

LA CRUELDAD DE QURAIISH

Los líderes de Quraish estaban cada vez más preocupados al ver cómo la gente de La Meca se dividía respecto a las enseñanzas de Muhammad. Finalmente, Omar ibn al-Jattáb, uno de los nobles de La Meca decidió que la única manera de callar al Profeta era matándolo y, viendo esto claro, salió de inmediato por él.

Por el camino se encontró con un hombre que, al ver lo que Omar iba a hacer, le dijo: “Mejor que mires primero bien en tu propia casa antes ir a matar a Muhammad; ¿no sabes que tu hermana Fátima es musulmana?” Omar se quedó paralizado. No podía creer que fuera verdad. Directamente se fue a casa de su hermana. Cuando llegaba, oyó desde fuera a Fátima y su marido Saíd recitando la Surat Ta-ha, un capítulo del Corán. Al oír la voz de su hermano en, Fátima escondió rápidamente el escrito entre los pliegues de su ropa. Omar entró como una tormenta en la habitación diciendo: “¿Qué son esas palabras

sin sentido que oigo?” Fátima negó todo y entonces Omar atacó a su marido gritando: “Me han dicho que os habéis unido a Muhammad en su religión.” Fátima intentó defender a su marido pero Omar le pegó también a ella. Entonces ella admitió: “Sí, somos musulmanes y creemos en Allah y en su Mensajero. Haz ahora lo que quieras”.

Al ver Omar su valor y su fe, se sintió mal por lo que había hecho y le dijo a su hermana: “Déjame ver lo que estabais leyendo ahora, a ver si así entiendo lo que vuestro profeta ha traído.”

Fátima le dijo entonces que tenía que lavarse para poder tocarlo y así lo hizo. Después de prometerle que se lo devolvería, se lo dejó leer. La sura dice así:

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“Ta’. Ha’. No te he revelado el Corán para que te agobie, sino que es una exhortación para quienes tienen temor [de Dios]. [El Corán] fue revelado por Quien creó la Tierra y los altos cielos; el Compasivo, que se estableció sobre el Trono A Él pertenece cuanto hay en los cielos y en la Tierra, lo que existe entre ellos y lo que hay bajo la

tierra. Dios conoce lo que pronuncias en voz alta, las confidencias que dices en voz baja y lo que está aún más oculto [los pensamientos]. ¡Dios! No hay más divinidad que Él. A Él pertenecen los nombres [y los atributos] más sublimes.” Corán (20: 1- 8)

Nada más leerlas, Omar supo que esas palabras eran las más hermosas que había leído jamás y que esa religión debía ser la verdadera. Aún con la espada en la mano, fue directo a la casa del Profeta y llamó muy fuerte en la puerta. Alguien salió a ver quién era: allí estaba Omar, bien conocido por su valor y su fuerza. Cuando le vio tan excitado y espada en mano, temió por la vida del Profeta. Pero el Profeta pidió que le dejaran entrar y que les dejaran solos.

El Profeta le preguntó que a qué había venido y Omar le contestó: “He venido para testificar que no hay más divinidad que Allah y que tú, Muhammad, eres el Mensajero de Allah.”

Mientras decía esto, todavía tenía la espada en la mano, la espada con la que había salido para matar al Profeta. Esa misma espada iba a ser ahora usada para defender al Profeta y la fe del Islam.

Por aquél entonces, cuando los musulmanes querían realizar las vueltas rituales alrededor de la Kaaba, tenían que hacerlo a escondidas y con miedo. Sin embargo, Omar era muy atrevido. En cuanto hubo declarado su fe, se fue directo a la Kaaba y a plena luz del día dio las vueltas rituales ante el asombro de toda la gente de La Meca. Su ira fue creciendo a medida que crecía el número de musulmanes, hasta que finalmente decidieron, como lo había hecho Omar antes, que había que matar al Profeta.

Al enterarse de esos planes, Abu Talib, el tío del Profeta, envió inmediatamente un mensaje a todos los hijos de Abdul Muttalib, pidiéndoles que protegieran a su sobrino, y así lo acordaron. Cuando los Quraish se dieron cuenta de que no podrían matar al Profeta al estar protegido, decidieron aislarle por completo, a él y a sus compañeros. Colgaron una declaración en la Kaaba. En ella se decía que nadie en la ciudad debía tener ninguna relación con el Profeta o sus seguidores, ni siquiera venderles comida ni bebida alguna. Al principio los musulmanes tuvieron algún apoyo de la tribu de Bani Háshim, la rama

de Quraish a la que pertenecía el Profeta. Algunos de ellos no eran musulmanes, pero se mostraron leales a su parientes y sufrieron con ellos el aislamiento. Pero la vida se hizo cada vez más dura y la comida y la bebida escasearon. El odio del resto de Quraish hacia los seguidores de Muhammad se hizo tan grande que cuando sus compañeros intentaban comprar alimento de las caravanas que pasaban cerca de La Meca, Abu Lahab, uno de sus peores enemigos, les ofrecía a los comerciantes diez veces el precio de las cosas. Haciendo esto, consiguió que los musulmanes no pudieran comprar lo que necesitaban desesperadamente.

Durante los días de ese trato terrible, algo maravilloso ocurrió. En lugar de debilitarse el Islam, creció más fuerte aún. Allah envió más y más revelaciones. Era como si los musulmanes estuvieran siendo fortalecidos y purificados a través de las durezas por la que pasaban, y probados en su fe. Cada año, al tiempo de la peregrinación a la Meca, venía gente de todas partes de Arabia. Esa gente vio la terrible injusticia y crueldad con que los Quraish trataban

a los musulmanes, y muchos de ellos sintieron pena por los seguidores del Profeta. Los Quraish empezaron a sentirse avergonzados por el duro trato, especialmente porque muchos de los musulmanes eran sus primos o parientes cercanos. Finalmente, al cabo de tres años, se convencieron de que había llegado el momento de poner fin a aquello y decidieron quitar el decreto que colgaba en la Kaaba. Para su asombro, el trozo de papel había sido completamente comido por los gusanos, excepto las palabras: “En tu Nombre, Allah” que habían sido escritas en la cabecera.

EL AÑO DE LA TRISTEZA

El Profeta y sus seguidores volvieron a la vida normal, pero los años de aislamiento habían debilitado a Jadíya. Enfermó y poco después murió. El Profeta perdió con ello a su amada esposa y amiga, la primera persona que aceptó el Islam y le apoyó. Ella había sido un refugio en todas las horas difíciles y por su buen corazón, la mejor compañía en los sufrimientos. La había amado mucho. Su muerte ocurrió el año 619 d.C., el año que vino a llamarse desde

entonces el “Año de la Tristeza”. Poco después, el tío y protector del Profeta, Abu Talib, también murió.

Abu Talib había sido uno de los hombres más respetados de La Meca, uno de los principales jefes de Quraish. Aunque nunca llegó a ser uno de sus seguidores, siempre protegió al Profeta contra sus enemigos. Su muerte no fue sólo un motivo de tristeza para el Profeta sino que creó una situación peligrosa. Según la costumbre de los árabes, cualquiera que esté bajo la protección de otro, está a salvo mientras su protector viva. Ahora, con la muerte de su tío, el Profeta estaba sin protección.

Los enemigos de Profeta se alegraron de verle así: sin una esposa que confortarle y sin su tío para protegerle. Empezaron a tratarle peor que nunca; hasta los niños pequeños le insultaban. Un día cierto joven le arrojó suciedad en la cabeza, pero el Profeta se fue a casa sin reaccionar. Cuando una de sus hijas se apresuró llorando a limpiarle, él la confortó diciéndole: “No llores mi pequeña, porque Allah protegerá a tu padre.”

Abu Talib había sido el último lazo del Profeta con Quraish, y sintió que no podía seguir su misión en La Meca porque los corazones de Quraish estaban cerrados contra él. Así que decidió viajar a Taif, donde esperaba encontrar apoyo. Hizo todo el camino andando, una distancia de setenta kilómetros. Allí habló en todos los lugares donde se reunía la gente, pero nadie le escuchó. Habló con los jefes de las tres tribus más importantes, pero tampoco le escucharon. No sólo no le hicieron caso sino que se burlaron de él y ordenaron a sus esclavos que le insultaran y tirasen piedras. Triste y cansado, abandonó la ciudad y encontró un lugar tranquilo cerca del muro de la ciudad donde estar solo. Ahí habló a Dios diciendo: “Oh Allah, a Ti me quejo de mi debilidad, de mi desamparo y humillación ante los hombres. Tú eres el más Misericordioso, Tú eres el Señor del débil y Tú eres mi Señor.

¿En manos de quién vas a abandonar mi destino?
¿Al extraño que me insulta? ¿Al enemigo a quien
Tú has dado poder sobre mí?

Si Tú no estás enfadado conmigo, no me importa.
Sólo busco agradarte. Me refugio en la Luz de tu

Rostro, la que ilumina la oscuridad y de la que éste y el otro mundo dependen, me refugio en ella para que no caiga sobre mí tu enfado, ni tu ira se encienda sobre mí. Eres Tú quien debe ser complacido por siempre. No hay poder ni fuerza más que en Tí.”

El muro cercano a donde estaba el Profeta era de un huerto cuyos propietarios eran dos hermanos. Cuando estos oyeron su oración, sintieron pena de él y le enviaron un esclavo con un plato lleno de uvas. Antes de empezar a comer, el Profeta dijo: Bismil-láh (En el nombre de Allah). El sirviente, cuyo nombre era Abbás se sorprendió mucho de oír esas palabras que nunca había oído antes. “Esta no es la manera de hablar de la gente de aquí” dijo. El Profeta entonces le dijo: “¿Y tú de dónde eres?

¿Y qué religión tienes?”. Abbás le contestó: Soy cristiano de Siria, de la ciudad de Nínive.” El Profeta añadió: “De la ciudad del bueno de Jonás, el hijo de Matta”. “¿Cómo sabes acerca de él?”, preguntó Abbás. “Es mi hermano: él fue un profeta y yo soy un profeta”, contestó el Mensajero de Allah. Abbás se agachó y le besó en la cabeza,

las manos y los pies, porque vio que era en verdad un profeta. El Enviado de Allah hizo el viaje de vuelta a Meca andando. Ahora se sentía capaz de llevar adelante todo con paciencia porque sabía que Allah nunca le dejaría. Su viaje a Taif no había sido en vano porque el esclavo Abbás se había hecho musulmán y eso iba a ser el principio de grandes cambios.

LA NOCHE DEL VIAJE Y LA ASCENSIÓN A LOS CIELOS.

Una noche, cuando el Profeta dormía en el mismo sitio donde Abdul-Muttalib solía dormir, junto a la Kaaba, le despertó el arcángel Gabriel. Más tarde el Profeta relató cómo ocurrió: “Me senté y él me cogió del brazo. Me puse de pie y me llevó a la entrada de la mezquita donde había un animal blanco esperando que lo montase.”

El Profeta contó que se montó en el animal y que con el arcángel Gabriel a su lado, fue llevado desde La Meca a la mezquita llamada Al-Aqsa, en el lejano Jerusalén. Ahí el Profeta se encontró con Abraham, Moisés y Jesús entre un grupo de

profetas. El Profeta Muhammad les dirigió en la Oración. Entonces le ofrecieron dos jarras, una con vino y la otra con leche. Escogió la leche y rechazó el vino. En ese momento el Arcángel le dijo: “has sido guiado a la *fitra*, la verdadera naturaleza del hombre, y lo mismo lo será tu gente, Muhammad. El vino os está prohibido.”

El Profeta también relató cómo pasaron a través de las puertas del cielo y vio incontables ángeles, entre los que se encontraba Malik, el guardián del Infierno, que nunca sonríe. Malik se adelantó y le enseñó al Profeta una visión del Infierno y la terrible situación de los que sufrían en aquel lugar.

El Profeta fue llevado por los ángeles a través de los siete cielos, uno por uno. En el camino, vio de nuevo a Jesús, Moisés y Abraham, y el Profeta dijo que nunca había visto a nadie tan parecido a él como Abraham. También vio a Juan, llamado Yahia en árabe, José o Yusuf, Enoch que es Idrís, y Aaron.

Al final, llegó al Árbol de Loto del Final, *la sidratul-montaba* donde ningún otro Profeta había llegado antes. Aquí, el Profeta recibió una

revelación de lo que los musulmanes creen:

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“El Mensajero y sus seguidores creen en lo que le fue revelado por su Señor [al Mensajero]. Todos creen en Dios, en Sus ángeles, en Sus Libros y en Sus Mensajeros [diciendo:] “No hacemos diferencia entre ninguno de Sus Mensajeros”. Y dicen: “Oímos y obedecemos. Perdónanos Señor nuestro, que ante Ti retornaremos [para ser juzgados]”. Corán (2: 285)

Entonces fue llevado a la Luz de la Divina Presencia de Allah y allí recibió la orden de que los musulmanes deberían rezar cincuenta veces al día. Así lo contó después el Profeta: “Cuando volvía, pasé junto a Moisés y - ¡qué buen amigo para vosotros fue! - me preguntó que cuántas oraciones se me había ordenado realizar. Cuando le dije cincuenta, me dijo: ‘La oración es algo muy serio y tu gente es débil, vuelve a tu Señor y pídele que reduzca el número para vuestra comunidad’. Así lo hice y me quitó diez. De nuevo pasé junto a Moisés y me dijo lo mismo otra vez, así ocurrió una y otra vez hasta que quedaron sólo cinco oraciones al día.

Moisés me volvió a dar el mismo consejo pero le contesté que había vuelto a mi Señor y le había pedido reducir el número hasta que me dio vergüenza, y que ya no iría más. El de vosotros que haga las cinco oraciones con fe y devoción, recibirá la recompensa de cincuenta.”

A la mañana siguiente de lo ocurrido, y de volver a La Meca, el Profeta contó a los Quraish lo que había pasado. La mayoría de ellos, dijeron: ¡Dios, eso es imposible!, una caravana tarda un mes para ir hasta allí y volver. ¿Tú has puedes ir y volver en una noche? Incluso muchos musulmanes estaban asombrados de lo que decía y querían que el Profeta les explicara. Algunos se fueron corriendo a contarle la noticia a Abu Bakr quien dijo: “Por Dios, que si Muhammad mismo ha dicho eso, entonces es verdad. Daos cuenta de que el Profeta nos dice que la palabra de Allah le viene directamente del cielo a la tierra a cualquier hora del día o de la noche, y le creemos. ¿No es eso mucho más milagroso que eso que os hace dudar?” Entonces Abu Bakr fue a la mezquita y escuchó la descripción detallada que el Profeta daba de

Jerusalén y comentó: “Dices la verdad, oh Enviado de Allah”. Desde entonces, Abu Bakr fue honrado con el nombre de As-Siddiq, que quiere decir, el que da su palabra a favor de la verdad. Otros empezaron a creer lo que contaba el Profeta cuando éste siguió describiendo dos caravanas que había visto en su viaje de vuelta a La Meca. Les dijo a los que dudaban dónde había visto las caravanas, lo que llevaban y cuando llegarían a La Meca. Al llegar las caravanas, se comprobó que todo era tal como él lo había dicho el Profeta.

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“...Glorificado sea Quien transportó a Su Siervo durante la noche, desde la mezquita sagrada a la mezquita lejana cuyos alrededores bendije, para mostrarle algunos de Mis signos. Él todo lo oye, todo lo ve....” Corán (17: 1)

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“[Juro] por la estrella cuando desaparece que su compañero no se ha extraviado ni está en un error, ni habla de acuerdo a sus pasiones. Él solo trasmite lo que le ha sido revelado. Aquello que le enseñó el dotado de

poder y fortaleza, cuando se le presentó en su forma verdadera en lo más elevado del horizonte, y luego descendió y se acercó a él, hasta una distancia de dos arcos o menos aún. Entonces [Dios] le inspiró a Su siervo la revelación. El corazón no desmintió lo que había visto. ¿Le van a discutir sobre lo que vio? Sepan que ya lo había visto en otro descenso, junto al azufaifo que demarca el límite, donde se encuentra el jardín de la residencia eterna. Cuando al azufaifo lo cubrió lo que lo cubrió, y su mirada no se desvió ni se propasó. Porque contempló algunos de los signos más sublimes de su Señor.” Corán (53: 1-18)

EL TRATADO DE AQABA

En Yathrib había dos tribus principales, los Aws y los Jazray. Las dos eran muy poderosas, estaban siempre en guerras unos contra otros y ambas adoraban a ídolos. En Yazrib también había muchos judíos que, al contrario que los árabes de entonces, sabían que había un sólo Dios, y le adoraban. Muchas veces les habían dicho a los árabes que les había de llegar un profeta. Vino el tiempo de la peregrinación a la Kaaba y varias personas de Yathrib iban a ir, entre ellos, seis hombres de la tribu de Jazray. Habían oído hablar de las

enseñanzas del Profeta Muhammad y pensaban que ese debía ser el profeta del que hablaban los judíos. Así que decidieron ir y hablarle durante su estancia en La Meca. Se encontraron con el Profeta en un lugar allí llamado Aqaba, donde él les invitó a sentarse y les habló de lo que significaba el Islam y les recitó partes del Corán. Esto les tocó el corazón tan profundamente que se hicieron musulmanes y, al salir de La Meca prometieron volver al año siguiente. Cuando llegaron a Yathrib llevando el Islam en sus corazones, contaron a sus parientes y amigos lo que habían oído del Profeta y así muchos más se hicieron musulmanes.

Pasó un año y llegó el tiempo de la peregrinación de nuevo. Doce hombres importantes de Yathrib llegaron a La Meca y vieron al Profeta, prometiéndole servirle a él y al Islam. A cambio, el Profeta envió con ellos a uno de sus mejores amigos, Mus'ab ibni Umair, para enseñarles el Corán y la nueva religión.

Pasó otro año y más musulmanes aún vinieron de Yathrib a la peregrinación. En esta ocasión se preparó un encuentro secreto con el Profeta por

la noche. Setenta y tres hombres y una mujer de Yathrib acudieron y el Profeta vino con su tío Al 'Abbás. Durante esta reunión los hombres de Yathrib ofrecieron proteger y defender al Profeta y sus compañeros si se iban a vivir a Yathrib. Esta promesa de protección vino a ser llamada el Tratado de Aqaba.

El tratado vino en el momento necesario porque aunque el Islam crecía en Yathrib, los musulmanes de La Meca aún sufrían. Desde ese momento, el Profeta les dijo a sus amigos y seguidores que se fueran al oasis, donde se encontrarían a salvo y la mayoría de ellos, tomaron la decisión y se marcharon.

A pesar de todo ese sufrimiento, al Profeta no se le permitió luchar contra sus enemigos, y Allah le dijo que perdonase a quien le insultara y quien no escuchara su mensaje. Pero los Quraish habían cerrado de tal manera sus mentes a la Palabra de Allah, y sus corazones se había endurecido tanto respecto al Profeta y sus seguidores, que Allah le dio permiso al Profeta para luchar contra los que intentaran dañarles a él y a sus compañeros:

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“Se les ha permitido [combatir a los creyentes] que son atacados porque son víctimas de una injusticia. Dios tiene el poder para socorrerlos. Ellos fueron expulsados injustamente de sus hogares solo por haber dicho: “Nuestro Señor es Dios”. Si Dios no se hubiera servido de algunas personas [creyentes] para combatir a otros [incrédulos], se habrían destruido monasterios, iglesias, sinagogas y mezquitas, en donde se recuerda frecuentemente el nombre de Dios.” Corán (22: 39-40)

Los Quraish empezaron a temer al Profeta porque se dieron cuenta de que ahora era lo bastante fuerte para luchar contra ellos y había recibido el permiso de Allah para hacerlo. Sabían también que la gente de Yathrib le protegía ahora.

Viendo que los musulmanes abandonaban la ciudad, decidieron matar al Profeta antes de que él también se les uniera en Yathrib. De esta manera esperaban acabar con el Islam de una vez por todas.

LA HÉGIRA

Después de que sus compañeros se hubieran ido a vivir a Yathrib, El Profeta se quedó en La Meca esperando el permiso de Allah para dejar la ciudad. Abu Bakr y Alí se quedaron con él. Había también algunos musulmanes a quienes los Quraish no habían permitido irse. Abu Bakr le pedía permiso al Profeta para emigrar pero él le decía: “No tengas prisa, puede que Allah te de un compañero para el viaje.

Los líderes de Quraish se reunieron en la casa de su antepasado Cusay, como era costumbre cada vez que tenían que tomar una decisión importante. Debían encontrar la manera de deshacerse de él antes de que pudiera unirse a sus compañeros en Yathrib. Mientras hablaban y discutían, el diablo apareció en la puerta con la apariencia de un hombre mayor, noble y hermoso. Cuando vieron a aquel anciano allí de pie le preguntaron quien era. Él dijo que era un sabio de las montañas que había oído lo que intentaban hacer y había pensado que podría ayudarles o aconsejarles. Pensaron por su aspecto que era en verdad un sabio y le invitaron a entrar. Cada jefe decía lo que

pensaba que debía hacerse pero no conseguían ponerse de acuerdo sobre la manera de hacerlo, hasta que Abu Yahl les dijo su plan. Este consistía en que cada clan elegiría a un joven guerrero y cada uno de ellos llevaría una espada. Todos esperarían apostados a la puerta de la casa del Profeta y le atacarían todos a la vez cuando saliera. De esta forma se deshacerían de él y la culpa del asesinato estaría repartida entre todos los clanes, con lo que la familia del Profeta no podría vengarse. Cuando oyeron esto, el diablo disfrazado de anciano dijo: “Ese hombre tiene razón, en mi opinión esa es la única cosa que se puede hacer. Entonces los jefes de Quraish salieron para llevar a cabo su plan de asesinar al Profeta.

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“Y recuerda [¡oh, Mujámmad!] cuando se confabularon contra ti los incrédulos para capturarte, matarte o expulsarte [de tu ciudad]. Ellos planearon en tu contra, pero Dios desbarató sus planes, porque finalmente Dios es el que mejor planea.” Corán. (8: 30)

Antes de caer la noche, en la que Muhammad iba a ser asesinado, el arcángel Gabriel vino a él

y le dijo: “No duermas esta noche en tu cama”. El Profeta entendió lo que iba a pasar y le dijo a Alí que se acostase él en su cama y se cubriese con la manta que normalmente usaba el Profeta, prometiéndole que no le ocurriría nada. Al oscurecer lo jóvenes de Quraish ya se habían reunido alrededor de la casa del Profeta y esperaban que saliera. Después de asegurarse de que Alí estaba a salvo, el Profeta salió de la casa. En ese momento, Allah hizo que los guerreros no pudieran ver al Profeta quien, cogiendo un puñado de tierra, la arrojó sobre sus cabezas recitando estas aleyas del Corán:

En el Nombre de Allah el Compasivo y Misericordioso

“Tá. Sí. [Juro] por el Corán, que está lleno de sabiduría, que tú [Job, Mujámmad!] eres uno de los Mensajeros [de Dios], que está en el sendero recto. Esta es una revelación del Poderoso, el Misericordioso, para que amonestes a un pueblo cuyos antepasados no fueron advertidos, y por eso son negligentes. Se ha hecho realidad la palabra de Dios sobre la mayoría de ellos, pues no están dispuestos a creer. Les pondré en sus cuellos argollas que llegarán a sus barbillas, y sus cabezas quedarán erguidas. Pondré ante ellos una barrera y otra detrás, y

los cubriré con un velo y no podrán ver.” Corán (36: 1-9)

Los jóvenes esperaron toda la noche y enfurecieron cuando por la mañana vieron salir a Alí de la casa, en lugar del Profeta. Se dieron cuenta de que su plan había fracasado por completo. Mientras tanto, el Profeta se fue a la casa de Abu Bakr y le dijo: “Allah me ha dicho que ahora es el momento de abandonar La Meca.”

- ¿Juntos? Le preguntó Abu Bakr-Juntos. Le contestó el Profeta. Abu Bakr lloró de alegría porque ahora sabía que el compañero de viaje que le había prometido era el mismo Profeta. Entonces le dijo: -Enviado de Allah, aquí están los dos camellos que he tenido preparados para este momento.

Así los dos salieron hacia una cueva en Zaur, una montaña al sur de La Meca donde pensaban esconderse. Cuando ya estaban fuera de la ciudad el Profeta miró hacia atrás y dijo: “De toda la Tierra de Allah tú eres el lugar más querido para Allah y para mí, si tu gente no me

hubiera hecho salir, jamás te habría dejado.”

Cuando los Quraish supieron que el Profeta y su compañero se habían ido, salieron en su búsqueda en todas direcciones. Tres días más tarde llegaron a la cueva donde el Profeta y Abu Bakr estaban escondidos pero había ocurrido algo extraño y maravilloso: Una araña había tejido su tela tapando la entrada y una paloma había hecho allí su nido con su pareja cerca. Cuando los de La Meca llegaron a la entrada de la cueva y sólo una telaraña les separaba de los fugitivos, Abu Bakr empezó a temer por sus vidas y le susurró al Profeta:

-Están muy cerca, sólo con que uno de ellos se vuelva nos verá.

El Profeta le tranquilizó contestándole: - ¿Qué piensas de dos que tienen a Allah como tercero? No tengas miedo, Allah está con nosotros.

Después de unos instantes, los hombres pensaron que era imposible que alguien hubiera entrado en la cueva recientemente ya que la araña no habría tejido su tela ni las palomas habrían anidado allí. Así que se fueron sin

buscar adentro. Tres días más tarde el Profeta y Abu Bakr pensaron que era ya seguro dejar la cueva. El hijo de Abu Bakr, Amer, había preparado tres camellos y un guía para ayudarles a seguir el viaje hacia Yathrib, Amer montaría con su padre. Los jefes de Quraish mientras tanto en La Meca ofrecieron una recompensa de 100 camellos a quien capturara al Profeta. Entre los que salieron en su búsqueda había un famoso guerrero. Fue éste de hecho el único que llegó a alcanzarles, pero cada vez que se acercaba a ellos, a su caballo se le hundían las patas en la tierra hasta las rodillas. Cuando esto le ocurrió tres veces, entendió que el Profeta estaba protegido por un poder superior a todo lo que él conocía y se volvió a la La Meca tras pedirles perdón. De vuelta, contó a todos lo que le había pasado les advirtió que no siguiesen la búsqueda.

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Si no lo socorren [al Mensajero], sepan que Dios [no necesita de ustedes, pues ya] lo auxilió aquella vez que los incrédulos lo expulsaron [de La Meca], cuando estando en la caverna con su sucompañero [Abu Bakr], le dijo: “No te entristezcas, pues Dios está con nosotros” Entonces,

Dios hizo descender Su sosiego sobre él [Abu Bakr], los socorrió con un ejército [de ángeles] que ellos no veían, y dispuso que la palabra de los incrédulos se desvaneciera, y que la palabra de Dios sea la que prevalezca. Dios es Poderoso, Sabio. Corán (9: 40)

El viaje del Profeta a Yathrib es llamado La Hégira -Emigración-. Fue el primer paso para la expansión del Islam en el Mundo, y los musulmanes empiezan su calendario desde aquel año.

LA LLEGADA A YATHRIB

Cuando la gente del oasis de Yathrib oyó que el Profeta Muhammad había salido de La Meca y estaba de camino a su ciudad, se pusieron a esperar ansiosos su llegada. Cada mañana salían al borde de la ciudad para ver si venían. Finalmente el lunes 27 de septiembre del año 622 de la era cristiana alguien les vio en la distancia y gritó a todos: “¡Ya está aquí Muhammad! ¡El Enviado de Allah ha llegado!”. Y todos salieron a saludarle gritando: “Al-lahu Akbar –Dios es más grande- Muhammad, el Enviado de Allah ha llegado”. Las mujeres y los niños cantaban mostrando lo

contentos que estaban de verle. El Profeta entró en la ciudad con su amigo Abu Bakr. La mayoría no les habían visto antes y no sabían quien de los dos era el Profeta, hasta que Abu Bakr se levantó para protegerle con su capa del ardiente sol. Desde entonces, Yathrib, es llamada Al Medina, que quiere decir, La Ciudad.

El Mensajero de Allah se quedó en Qubá, que es un lugar a la entrada de Medina, durante tres días. El primer viernes después de su llegada, el Profeta dirigió la oración en comunidad. Al acabar, mucha gente rica le invitó a vivir con ellos y participar de sus bienes. Pero él se negó y señalando a su camella, Qasua, dijo: “Dejadla que vaya sola”, porque sabía que Allah la guiaría al sitio donde debería asentarse. Dejaron andar a la camella hasta que finalmente se arrodilló junto a una casa de la tribu de Bani Nayyár, la tribu con la que la madre del Profeta estaba emparentada. La casa elegida se utilizaba como secadero de dátiles y era propiedad de dos huérfanos llamados Sahl y Suhayl. Ellos se la ofrecieron como regalo pero el insistió en comprársela y así el protector de los huérfanos, Ásaad bin Zurara, que estaba presente hizo los

arreglos oportunos. El Profeta ordenó que se construyese allí una mezquita y un lugar para él. Todos los musulmanes trabajaban juntos para acabarla rápidamente y también el Profeta trabajó en la construcción. En la mezquita se reunían para las oraciones y decidir los asuntos. El edificio era sencillo y simple. El suelo era de tierra batida y el techo de ramas de palmeras sostenido por troncos. Dos piedras marcaban la dirección de la oración – el Salah- que en principio era hacia Jerusalén, pero pronto fue cambiada por Dios hacia la Kaaba, en La Meca.

Tras la construcción de la mezquita el Profeta quiso estrechar los lazos de amistad entre los llamados Muhayirun – los emigrantes que habían dejado todo al dejar La Meca- y los Ansár- los protectores de Medina que les habían acogido-. Cada hombre de Medina tomó como hermano a otro de La Meca, compartiendo todo con él y tratándole como un miembro de su propia familia. Este fue el comienzo de la hermandad musulmana. En los primeros días del Islam, el tiempo de las oraciones no se anunciaba y los musulmanes acudían a la mezquita temprano y

esperaban para no perderselas. El Profeta se preguntaba cuál sería la mejor forma de avisar y lo habló con sus compañeros. Se propusieron dos soluciones: una, avisar con el sonido de un cuerno, como hacían los judíos. La otra, usar como unas castañuelas de madera como lo hacían los cristianos. Entonces un hombre llamado Abdullah ibni Zayd vino al Profeta y le dijo que había tenido un sueño en el que había visto a un hombre todo vestido de verde sujetando unas tablas de madera. Abdullah le dijo que si se las vendía para llamar a la oración pero el hombre le dijo: “Hay una manera mejor para llamar a la oración, que es esta: “Dios es más grande, Dios es más grande –cuatro veces- y decir a continuación: Soy testigo de que no hay otro dios más que el Único Dios, y soy testigo de que Muhammad es Enviado de Dios. Venid a la Oración, venid a la Oración. Venid a la rectitud, Venid a la rectitud. Dios es más grande. Dios es más grande. No hay otro dios que Dios.”

Cuando el Profeta oyó esto, dijo que el sueño era una verdadera visión que venía de Dios. Mandó buscar a Bilal, que tenía una voz hermosa y fuerte y le dijo que llamase a la gente a la oración de esa

manera. Bilal así lo hizo, y enseguida Omar salió de su casa y le dijo al Profeta que había tenido exactamente la misma visión. El Profeta replicó dando gracias a Dios por ello.

El “adán” o llamada a la oración que recibió Abdullah ibni Zayd en un sueño y fue hecha por Bilal según las instrucciones del Profeta, aún hoy en día es la que se hace desde los minaretes y mezquitas de todo el mundo.

LA BATALLA DE BADR

Los musulmanes que se habían ido a Medina habían dejado todas sus posesiones en La Meca y sus enemigos se habían apoderado de ella. Por eso, cuando oyeron que Abu Sufian, uno de los jefes de Quraish venía de vuelta desde Siria con una gran caravana de mercancías, decidieron que era el momento de resarcirse de sus pérdidas.

El Profeta dio a los musulmanes permiso para asaltarla y cada uno empezó a prepararse para el ataque, ya que había sido revelado lo siguiente en el Corán:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Se da permiso para luchar a los que luchan por haber sufrido injusticia, Allah por cierto puede darles la victoria.” Corán (22: 39)

“También la revelación había dicho que ante Allah era un asunto muy grave el impedir a la gente su camino hacia Allah, el no creer en Allah y el expulsar a la gente de la mezquita sagrada, y que la persecución era peor que la muerte.” Corán (2: 217)

El rehacerse de sus bienes, sin embargo, no era el motivo principal para atacar la caravana. Los musulmanes no pensaban sólo en vivir a salvo en Medina; querían además poder extender el mensaje del Islam y moverse con libertad como lo hacían los Quraish. Por todo ello se pensó que la mejor y única manera de que los Quraish entendieran esto, era atacando una caravana, que era lo más importante para ellos. Mientras tanto, Abu Sufian se enteró del plan de los musulmanes y envió rápidamente un mensajero para pedir auxilio a los de La Meca. Prácticamente todos los Quraish salieron para ayudarse a defender la caravana: mil hombres

con doscientos caballos. Las mujeres también se unieron para animar a los hombres con sus canciones.

Sin saber esto, el Profeta salió al encuentro con sus hombres. Era el mes de Ramadán y los musulmanes estaban ayunando. Sólo eran trescientos cinco, en su mayoría de los Ansár de Medina. Solo llevaban tres caballos y setenta camellos en los que se montaban por turnos.

Llegaron a una zona llamada Badr, a cierta distancia de Medina, donde acamparon a la espera de tener noticias de la caravana. Entonces supieron que los Quraish habían salido de Meca con un gran ejército. Con ello la situación cambiaba totalmente: ya no iban a atacar una caravana, iban a tener que enfrentarse a Quraish.

El Profeta reunió a sus hombres para saber qué querían hacer. Primero Abu Bakr y después Omar, hablaron de parte de los que habían emigrado de Meca a Medina diciendo que obedecerían al Profeta. Pero el Profeta quiso escuchar la opinión de los Ansár de Medina porque no quería forzarles a algo que no

quisieran hacer. Saad ibni Moadh uno de sus jefes se levantó y dijo: “Nosotros creemos en tí y hemos jurado delante de todos que lo que tu has traído es la verdad. Te hemos dado nuestra palabra y promesa de que te obedeceremos así que ve donde quieras, iremos contigo aunque nos llesves al fondo del mar.” El Profeta se animó mucho al oír estas palabras y todos acordaron en ir a luchar. Abu Sufian supo donde acampaban los musulmanes, cambió de rumbo la caravana y la puso rápidamente fuera de su alcance. Entonces envió mensajes a Quraish diciéndoles que la caravana estaba a salvo y que volviesen a La Meca. Pero los líderes de Quraish eran hombres orgullosos y obstinados. Se negaron a volver una vez que se habían preparado para mostrar al mundo lo valientes que eran y destruir a los musulmanes. Había en Badr un valle con pozos en el lado más cercano a Medina. Los musulmanes tomaron posiciones allí, de cara al valle, con los pozos detrás de ellos. Los Quraish se situaron al otro lado del valle. Los musulmanes excavaron una cisterna y la llenaron de agua, suficiente para ellos, y cegaron el resto de los pozos. Así, si los Quraish querían

agua tendrían que bajar y luchar contra los musulmanes. La noche anterior a la batalla, mientras los musulmanes dormían tranquilamente, cayó una fuerte lluvia.

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“[Y recuerden] cuando los envolvió un sueño ligero dándoles una calma interior, e hizo descender una llovizna del cielo para purificarlos con ella y apartar de ustedes la mancha del demonio, afirmar sus corazones y afianzar sus pasos.” Corán (8: 11)

En la mañana del Viernes, 17 de Ramadán del año 2 de la Hégira (17 marzo de 623 d.C.), los dos ejércitos avanzaron uno hacia el otro. La lluvia había caído más fuerte en el lado de Quraish ablandando la tierra y haciendo difícil el moverse. En el lado de los musulmanes en cambio había servido para asentar la tierra lo suficiente para facilitar la marcha. El Profeta prefería que los hombres luchasen en filas. Cuando estaba repasándolas notó que había uno que se había adelantado sobre los otros y le hizo alinearse empujándole con una flecha y diciéndole: “ponte en fila”. El hombre se llamaba Sawád y dijo: “Me

has hecho daño, Enviado de Allah.

Allah te ha enviado para ser justo y bueno”. El Profeta se levantó la camisa y le dijo: “Házme tú lo mismo entonces”. El hombre aprovechó ese momento para, en lugar de eso, darle un beso diciendo: “Enviado de Allah, tú ves lo que tenemos delante y es posible que no salga vivo de la batalla. Si esta puede ser la última vez que esté contigo he querido que sea esto lo último que haga en mi vida.” Poco después, Sawán murió mártir en la batalla.

Tras inspeccionar las filas el Profeta se fue a un cobertizo hecho con ramas de palmera desde donde podría dirigir la batalla. Abu Bakr se quedó junto a él, junto con Saad ibni Muadh y otros Ansár para proteger el cobertizo. Cuando el Profeta vio el enorme ejército de Quraish bajando la ladera del valle con todos los estandartes y tambores empezó a pedir a Allah la ayuda que le había prometido. Estas son algunas de las palabras que dijo: “Allah, aquí está Quraish, llenos de vanidad y orgullo, que se oponen a tu llamada y tratan a tu mensajero de mentiroso. Allah, si este pequeño grupo (de

musulmanes) muere hoy, no quedará nadie en la tierra para adorarte.” En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“[Recuerden] cuando pedían socorro a su Señor y Él les respondió: “Los auxiliaré con mil ángeles que descenderán uno tras otro”. Dios los envió como una albricia y para infundir el sosiego en sus corazones, pero sepan que la victoria depende de Dios. Dios es el Poderoso, el Sabio.” Corán (8: 9-10)

La batalla comenzó al principio con combates individuales cuando uno de los Quraish dijo que iba a beber de la cisterna de los musulmanes y después la destruiría o moriría en el intento. Hamza, el tío del Profeta le salió al paso y le mató. Tres de los más importantes líderes de Quraish salieron entonces buscando duelo individual. El Profeta mandó a Alí, Hamza y Ubaida ibni Hariz. Al poco tiempo, Hamza y Alí habían matado a sus oponentes. ‘Ubaida hirió a su contrincante pero también fue herido él. Sus compañeros mataron al de La Meca y se llevaron al herido a las filas musulmanas. Después de

esto, los dos grupos atacaron y comenzó la lucha. El cielo se llenó de flechas. Los musulmanes no retrocedieron ante Quraish a pesar de ser muchos menos que sus enemigos y acabaron derrotando al ejército de La Meca y matando a la mayoría de sus jefes. Entre ellos estaba Abu yahl y Umayya ibni Jaláf, que fue muerto a manos de quien era antes su esclavo, Bilal. El resto de Quraish, derrotados, se retiraron. El Profeta envió un mensaje a Medina para anunciarles la victoria; reunió los despojos de la batalla y los dividió en partes iguales entre los musulmanes. Algunos de los de La Meca habían sido hechos prisioneros y el Profeta ordenó que los trataran bien hasta que sus parientes viniesen a recogerlos pagando su rescate. Unos versos de Corán dicen:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“No fueron ustedes quienes los mataron [a sus enemigos] sino que fue Dios quien les dio muerte, y no fuiste tú [¡oh, Mujámmad!] quien arrojó [el polvo que llegó a los ojos del enemigo en el combate], sino que fue Dios Quien lo hizo. Dios agracia así a los creyentes. Dios todo lo oye, todo lo sabe.” Corán (8: 17).

UHUD

LA DERROTA VIENE POR LA DESOBEDIENCIA

Cuando los supervivientes del ejército derrotado volvieron a La Meca, se reunieron para hablar con Abu Sufian. Dijeron: Muhammad ha matado a nuestros mejores hombres, ayúdanos a luchar contra él y vengar nuestra pérdida. Acordaron que todos los que tenían alguna parte en la caravana deberían poner sus ganancias para financiar el coste de un nuevo ejército que sería tres veces mayor que el de Badr. Entre los que se unieron al nuevo ejército había un esclavo abisinio llamado Wahshi, conocido por su puntería con la lanza. Su dueño Yubair, ibnil Mut'ím le dijo: vete con el ejército y si matas a Hamza, el tío de Muhammad, en venganza por la muerte de mi tío, te haré libre. Cuando Hind, la mujer de Abu Sufian, oyó eso, envió un mensaje a Wahsi diciéndole que le vestiría de oro y seda si cumplía el deseo de su maestro, porque ella también deseaba su muerte, por haber matado a su padre y a su hermano.

Mientras los de La Meca hacían sus planes, Abbás, el tío del Profeta, que era uno de los pocos musulmanes que aún vivían en La Meca, envió una carta advirtiéndolo al Profeta en Medina. Le decía que los Quraish estaban preparándose para salir con un ejército enorme hacia Uhud, un lugar justo a las afueras de Medina. Nada más recibir este mensaje, el Profeta reunió a sus compañeros para discutir qué debían hacer. Pensó que lo mejor sería esperar al enemigo dentro de la ciudad en lugar de salir a su encuentro porque sería más fácil defender Medina dentro de los muros de la ciudad. Pero los musulmanes jóvenes estaban deseosos de salir al encuentro de Quraish. Dijeron: “¡Enviado de Allah! Dirígenos contra el enemigo, no sea que piensen que somos demasiado cobardes o débiles para luchar contra ellos. Uno de los jefes de Medina, Abdull-láh ibni Ubay, en cambio pensaba como el Profeta y le aconsejó quedarse en la ciudad diciendo: “Siempre que hemos salido a luchar contra un enemigo fuera ha sido un desastre pero cuando alguien nos ha atacado aquí siempre le hemos vencido.” Pero cuando el Profeta vio que la

mayoría estaba a favor de salir al encuentro de Quraish decidió hacerlo así y tras la oración del viernes, se puso la armadura. Los musulmanes salieron con mil hombres en dirección al monte Uhud, desde donde se ve Medina. El enemigo estaba acampado en el llano que está bajo el monte donde estaban arrasando las cosechas. Abdullah ibni Ubay, resentido de que el Profeta no hubiera escuchado su consejo, se volvió a medio camino a Medina llevándose a un tercio del ejército con él. Esto dejó al Profeta con setecientos hombres para hacer frente al enorme ejército de La Meca que eran unos tres mil. Los musulmanes que quedaron siguieron hasta llegar al monte Uhud. El Profeta les ordenó allí ponerse en filas con el monte a sus espaldas para estar así protegidos por detrás. Después puso a cincuenta arqueros sobre una colina ordenándoles: “Mantened la caballería de La Meca lejos de nosotros con vuestras flechas y no les dejéis atacarnos por la retaguardia, vayamos ganando o perdiendo. Pase lo que pase quedaos en vuestra posición para que no puedan atacarnos por ese lado, aunque veáis que nos matan o que recogemos ya el botín de guerra.”

Cuando los musulmanes estaban en posición, el Profeta levantó su espada y dijo: “¿Quién usará esta espada con lo que ello conlleva?” Eso era un gran honor y muchos de los hombres salieron para cogerla, pero el Profeta decidió dársela a Abu-Duyána, un valeroso guerrero. Entonces comenzó la batalla. Los musulmanes estaban bien organizados y tenían ventaja porque aunque los Quraish eran cuatro veces su número, éstos estaban cansados del viaje y aún no listos para luchar. Así los musulmanes pudieron hacer un ataque sorpresa dirigidos por Abu- Duyána que llevaba un brillante turbante rojo.

Mientras crecía el fragor de la lucha, las mujeres de Quraish, dirigidas por Hind, comenzaron a hacer sonar los tambores para animar a los hombres y recitaban poemas como éste animándoles a ser valientes:

*“Si avanzáis os abrazaremos.
Extenderemos alfombras a vuestros pies.
Si retrocedéis os dejaremos y
ya no os querremos después.”*

Abu-Duyána contó: “Vi a alguien incitando al enemigo y gritando con furor y me fuí a por él; pero, cuando levanté mi espada para matarle, gritó y vi que era una mujer, y yo respetaba demasiado la espada del Profeta como para usarla contra una mujer”. Aquella mujer resultó ser Hind.

Como siempre, el tío del Profeta, Hamza, luchaba con gran valor pero cuando dirigía un fiero ataque que casi les dió la victoria, de pronto, fue abatido cruelmente por el esclavo Wahshi. Mas tarde Wahshi contó como lo hizo. “Observaba a Hamza que estaba matando a hombres con su espada y le estuve apuntando con la lanza hasta estar seguro que acertaría y entonces la arrojé. Siguió avanzando hacia mí pero se desplomó. Le dejé allí agonizando hasta que murió y luego recogí la lanza. Entonces me volví al campamento porque sólo quería matarle a él y con ello ganar mi libertad.”

Los guerreros de Quraish pronto estaban dispersos y forzados a retroceder. Parecía que ya estaban derrotados. Al ver esto, cuarenta de los cincuenta arqueros musulmanes que estaban en

lo alto de la colina bajaron corriendo para coger algo del botín porque el ejército de Quraish había dejado muchas cosas en su retirada. Los arqueros abandonaron así su puesto, olvidando las órdenes del Profeta. Jalid ibni Walíd, que dirigía la caballería de Quraish vio lo que estaba ocurriendo y rápidamente hizo dar la vuelta a sus hombres y rodeando la colina atacar a los musulmanes por detrás. Esto les cogió por sorpresa y entonces los Quraish empezaron a atacar por ambos lados. Muchos musulmanes murieron y en lugar de ganar, empezaron a perder la batalla.

Para mayor confusión se corrió el rumor de que habían matado al Profeta y cuando los musulmanes oyeron eso no sabían qué hacer. Entonces un hombre llamado Anas gritó: “Hermanos, si Muhammad ha muerto, ¿qué valor tienen nuestras vidas sin él? No penséis en vivir ni en morir. ¡Luchad por Allah! ¡Levantaos y morid como Muhammad ha muerto!” Al oír estas palabras los musulmanes cobraron valor.

Hubo varias cargas de caballería sobre el puesto donde estaba el Profeta y sus compañeros. El

Profeta había recibido una herida profunda en la mejilla. Cuando los de La Meca se disponían a una nueva carga contra él, dijo: “¿Quién venderá su vida por nosotros?” Cinco de los Ansár salieron y lucharon hasta morir. Otros musulmanes los reemplazaron y consiguieron repeler el ataque. Entre los que defendían estaba Abu-Duyána que cubrió al Profeta con su cuerpo abrazándole. Permaneció así durante el resto de la batalla. Cuando ya acababa, se soltó. Estaba muerto lleno de todas las flechas que habían dirigido al Profeta.

Con la derrota de los musulmanes los Quraish dieron por satisfecha su venganza. Al dejar el campo de batalla Abu Sufian gritó a sus hombres: “Bien habeis luchado. La victoria es así: unas veces para unos otras para otros. La de hoy, por la de Badr.” Cuando el Profeta oyó esto le dijo a Omar que contestara: Allah es El Más Alto y Poderoso. Vosotros y nosotros no podemos compararnos. Nuestros muertos están en el Jardín y los vuestros en el Fuego. Los soldados musulmanes siguieron a los Quraish parte del camino para asegurarse de que no

atacarían Medina. Tras la marcha del enemigo el Profeta recorrió el campo de batalla para ver las pérdidas. Muchos de los fieles musulmanes habían muerto. Entre ellos el Profeta encontró el cuerpo de su más cercano amigo y tío, Hamza. Al verlo, el Profeta dijo: “Nunca habrá un momento más triste para mí que éste”. La hermana de Hamza, Safiyya, vino a rezar y pedir perdón por su hermano y dijo: “Somos de Allah y a Él volvemos”. Después de realizar la oración de difuntos por los numerosos muertos dijo: “Os digo que todo el que ha sido herido por la causa de Allah, Allah le recordará el día de la Resurrección y le resucitará de entre los muertos”. Buscad el cuerpo del que más hubiera aprendido del Corán y ponedle frente a sus compañeros en la tumba”. Se les enterró en el mismo sitio donde habían caído como mártires. De ellos el Corán dice:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“Pero no crean que quienes han caído defendiendo la
causa de Dios están realmente muertos. Por el contrario,
están vivos y colmados de gracias junto a su Señor. Se
regocijan por las gracias que Dios les ha concedido y están

felices por la recompensa que recibirán quienes todavía no se les han unido, que no sentirán temor ni tristeza. Se congratulan unos a otros por la gracia y el favor de Dios. Porque Dios recompensa a los creyentes.” Corán (3: 169-171)

El Profeta dijo que ningún musulmán que hubiera muerto por Allah desearía regresar a la vida ni una sola hora, aunque pudiera poseer en ella el mundo entero, a no ser que pudiera volver para luchar por Allah y ser muerto de nuevo. Los musulmanes se dieron cuenta de que su derrota había sido causada por su desobediencia al Profeta. El Corán nos dice que los musulmanes fueron puestos a prueba por Allah en Uhud y que fallaron pero que Allah les había perdonado por su debilidad:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Ningún ser puede morir excepto por el designio de Dios, lo que se encuentra escrito con anterioridad. Quien desee el provecho de esta vida mundanal, le concederé parte de ello; pero quien quiera la recompensa de la otra vida, se la otorgaré. Así recompensaré a los agradecidos.” Corán (3:145)

La gente de hoy en día debería aprender las lecciones que aprendieron los primeros musulmanes en Uhud. La desobediencia al Profeta y el amor por las cosas de este mundo fue la causa de su derrota. Lo mismo nos puede ocurrir a nosotros también. Aunque no tengamos que luchar una batalla como la de Uhud, también tenemos que morir por la causa de Allah, luchando contra aquello de malo que hay en nosotros. Cuando el Profeta regresó de la batalla les dijo a sus hombres: “Venimos de la lucha menor para luchar en la lucha mayor”. Con ello vino a decir que la lucha que realiza el hombre en su interior para ser mejor persona es la batalla más difícil.

LA BATALLA DE LA ZANJA

Cuando el Profeta se fue a vivir a Medina, los judíos de allí le dieron la bienvenida y el Profeta les devolvió el saludo porque deseaba llevarse bien con ellos. Se llegó además a un acuerdo entre musulmanes y judíos por el que los judíos tendrían la libertad de practicar su religión y por el que se establecían sus derechos y deberes también. Entre estos deberes estaba el de que, en

caso de guerra con los Quraish, los judíos deberían luchar del lado de los musulmanes.

Sin embargo, a pesar de este acuerdo, algunas de las tribus de judíos que estaban recelosos por la presencia del Profeta en Medina, pronto empezaron a causar problemas con los musulmanes, tratando de sembrar enemistad entre los que habían venido de La Meca y los Ansár de Medina. Los judíos que causaban la discordia recibieron varios avisos pero continuaron haciendo daño. Al final, los musulmanes no tuvieron más remedio que expulsarlos de Medina. Se ofreció un nuevo acuerdo a los que quedaron pero los problemas continuaban. Una de las tribus judías, los Bani Nadir hicieron un plan para matar al Profeta pero fue descubierto y también fueron expulsados de la ciudad. Sabiendo que no podían ellos solos derrotar a los musulmanes, algunos de los jefes de los judíos expulsados fueron en secreto a La Meca para ofrecerse como aliados a los Quraish. Sabiendo lo que a los de La Meca les gustaría escuchar, hicieron como que creían en lo mismo que ellos. Dijeron que pensaban que las viejas

tradiciones árabes eran mejor que las enseñanzas del Profeta Muhammad, y que la religión politeísta de Quraish era mejor que la del Profeta que adoraba a un solo Dios. Entonces los Quraish les dijeron que si todas las tribus árabes atacaban a Medina, los judíos de dentro de la ciudad, deberían ayudar a derrotar al Profeta del Islam de una vez para siempre.

A los jefes de Quraish les gustó oír todo eso y aprovechando lo que les parecía una oportunidad muy buena, estuvieron de acuerdo con el plan y empezaron a reunir un ejército enorme. Mientras, en Medina, sólo una de las tribus judías, los Bani Quraiza, se negaron a traicionar a los musulmanes.

Ocurrió entonces que los musulmanes llegaron a enterarse de los preparativos de guerra que se hacían en La Meca, y sobre los judíos en Medina. La traición de los judíos contra los musulmanes no sorprendió al Profeta que había dicho de ellos: “El corazón de los judíos se ha cerrado a la Verdad, han olvidado lo que Moisés les enseñó desde hace tiempo: que hay un solo Dios.”

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“Aquellos a quienes les fue confiada la Tora, pero no
practicaron [sus principios], se asemejan al asno que lleva
una carga de libros. ¡Qué pésimo es el ejemplo de aquellos
que desmienten las enseñanzas de Dios! Dios no guía a
los injustos.” Corán (52: 5)

Los musulmanes se preguntaban cómo podrían defender Medina. Oyeron que Abu Sufian venía a atacarles con un ejército enorme que incluía muchas otras tribus además de Quraish. ¿Qué podían hacer en una semana que quedaba de tiempo? El Profeta y sus hombres sabían que sería imposible luchar y rechazar a todas esas tribus. Lo único que podían hacer era quedarse en la ciudad y tratar de defenderla como mejor pudieran.

Entre la gente de Medina había un persa llamado Salmán que había venido a vivir a la ciudad poco antes de que llegase el Profeta. De su religión se había convertido al cristianismo y llegó a Medina después de que algunos sabios cristianos le habían dicho que un Profeta iba a nacer en Arabia. Al llegar a Medina fue vendido como

esclavo por unos mercaderes con los que había viajado. Más tarde se convirtió al Islam, recuperó su libertad y llegó a ser un miembro de la casa del Profeta.

Cuando la gente se reunió para discutir un plan de acción contra el ejército que venía, Salmán estaba allí y sugirió que se debería cavar una zanja alrededor de la ciudad. El Profeta pensó que era una buena idea y todos se pusieron a trabajar. A pesar de estar en pleno invierno trabajaban de día y de noche para acabar la zanja lo más rápido posible. El Profeta mismo llevaba rocas y cuando los hombres estaban cansados les animaba a seguir adelante. Algún tiempo después comentó la belleza que representaba el Profeta esos días, vestido de rojo, con el pecho lleno de polvo y su negro pelo que casi le llegaba a los hombros. Esos días había poco alimento y a menudo los hombres trabajaban con hambre. En cierta ocasión una niña le dio al Profeta unos pocos dátiles y él los extendió en una capa. Llamó entonces a la gente para que comiera y los dátiles se multiplicaron hasta que todo el mundo quedó satisfecho. Incluso después de

comer todos, los dátiles siguieron aumentando en número de tal forma que se salían de la capa. Otra historia similar ocurrió con un cordero que nos ha llegado a través de alguien que estuvo allí:

“Trabajamos con el Profeta en la zanja. Yo tenía un cordero medio crecido y pensé que sería bueno cocinarlo para el Mensajero de Allah. Le dije a mi esposa que moliera cebada e hiciera pan para nosotros. Maté el cordero y lo asamos para el Profeta (que la paz sea con él). Cuando cayó la noche y él estaba a punto de abandonar la zanja, le dije que habíamos preparado pan y carne y lo invité a nuestra casa. Quería que viniera solo, pero cuando dije esto, envió a alguien a llamar a todos los hombres para que vinieran. Todos llegaron y se sirvió la comida. Él la bendijo e invocó el Nombre de Allah sobre ella. Luego comió él y también todos los demás. Tan pronto como un grupo quedaba satisfecho, llegaba otro grupo hasta que todos los excavadores hubieron comido suficiente, pero aún sobraba comida.”

El 24 de Marzo del año 627 de la era cristiana, Abu Sufian llegó con su ejército de diez mil

hombres. Los musulmanes eran solo tres mil. Los Quraish y sus aliados rodearon la ciudad pero entre los dos ejércitos estaba la larga y ancha zanja. El Profeta y sus hombres se pasaron tras la zanja casi un mes defendiendo la ciudad contra aquel enemigo que era más poderoso que ellos. Muchas veces los Quraish intentaban saltar la zanja y atacar la ciudad pero todas las veces eran repelidos por los musulmanes. Estos temían que si alguna vez los Quraish llegaran a cruzarla, los judíos de Medina se unirían a ellos y los musulmanes serían derrotados. La tribu de Bani Quraiza que se habían mantenido firmes en el trato con los musulmanes fueron presionados por un emisario judío de los enemigos que estaban fuera para forzarles a que rompieran la promesa. De hecho por fin estuvieron de acuerdo y cuando esa noticia llegó a oídos del Profeta y sus compañeros, se preocuparon mucho. Sáad ibni Muadh, el jefe de la tribu de los Aws, fue enviado por el Profeta con otros dos hombres para averiguar si era verdad. Cuando llegaron a la zona de Medina donde vivían los judíos se encontraron con que las cosas estaban peor de

lo que pensaban. Saad ibni Muadh, cuya tribu estaba estrechamente aliada con los Bani Quraiza, intentó persuadir a sus jefes de que no rompiesen el trato con los musulmanes, pero se negaron a escucharle. Así, los musulmanes no podían bajar la guardia ni por un momento, porque ahora estaban amenazados no sólo por el enemigo al otro lado de la zanja, sino también por Bani Quraiza dentro de los muros de la ciudad. Las cosas se ponían cada vez más difíciles para los musulmanes. Hacía muchísimo frío y la comida empezaba a acabarse. Para colmo, los judíos de Bani Quraiza empezaron a unir fuerzas abierta y activamente con los otros judíos y cortaron todo suministro a los musulmanes, incluso la comida. Los enemigos del Islam planearon entonces como apoderarse de Medina. La situación parecía desesperada y el Profeta pidió a Allah que ayudase a los musulmanes a derrotar a sus enemigos. Aquella misma noche se levantó una tormenta de arena que enterró las tiendas de los Quraish. El viento continuó soplando durante tres días y tres noches haciendo imposible para el enemigo encender un fuego, cocinar o calentarse. En una

de esas noches oscuras el Profeta pidió a uno de sus hombres, Hudaifa Ibnil Lllaman, que saliera en una misión peligrosa.

El Profeta le dijo que atravesara la zanja y se llegase hasta el campamento enemigo para averiguar qué estaban haciendo. Con dificultad y riesgo, Hudaifa cruzó la zanja y consiguió llegar a un círculo de guerreros Quraish que hablaban en la oscuridad. Se sentó junto a ellos y como no había fuego ni luz nadie se dio cuenta. Entonces oyó la voz de Abu Sufian diciendo:

“Vamos a La Meca, ya hemos tenido bastante: los caballos y camellos se mueren y el viento se lleva nuestras tiendas. Casi todo nuestro equipo se ha perdido y no podemos cocinar nada. Aquí no tenemos nada que hacer.” Nada más oír esto, Hudaifa se volvió rápido y en silencio, cruzó la zanja y a la mañana siguiente los musulmanes se alegraron al ver que lo que Hudaifa había oído era verdad. Los Quraish y sus aliados se habían marchado. El sitio de Medina había acabado con una gran victoria para el Islam.

Pero aquello no terminó con los problemas porque el arcángel Gabriel vino al Profeta y le dijo que debía castigar a Bani Quraiza por haberles traicionado. Al oír esto, el Profeta ordenó a los musulmanes dirigirse a la fortaleza donde se refugiaba Bani Quraiza. La sitiaron durante veinticinco días hasta que finalmente se rindieron. Al hacerlo, pidieron al Profeta que alguien los juzgase y asintió permitiendo a los judíos que escogieran a su propio juez. El hombre escogido fue Saad ibni Muadh, jefe de los Aws, una tribu que siempre había protegido antes a los Bani Quraiza. Saad, que había sido herido durante la batalla, decidió que los judíos debían ser juzgados según la propia ley santa de ellos, según la cual cualquiera que traicionase un acuerdo así debía morir. Por ello, todos los hombres de Bani Quraiza fueron ejecutados y las mujeres y los niños hechos prisioneros. Si los judíos hubieran culminado su traición con éxito, el Islam habría sido destruido. En cambio, desde aquel día hasta hoy, Medina se convirtió en una ciudad donde sólo viven musulmanes. Poco tiempo después Saad ibni Muadh murió a causa de las heridas. Se dice que el arcángel Gabriel

vino en medio de la noche y le dijo al Profeta: “Muhammad, ¿quién es este hombre que ha muerto y que al llegar las puertas del Cielo se han abierto y el trono de Allah se ha estremecido?”. Nada más oír esto el Profeta se levantó y se encontró con que Saad ya había muerto. Aunque era un hombre de estatura y peso, los hombres que llevaban su cuerpo lo encontraron muy ligero. Se les dijo que los ángeles les ayudaban. Cuando le estaban enterrando, el Profeta dijo tres veces: “¡Subhána Allah, Al-lahu Akbar!

¡Gloria a Allah, Allah es mas Grande!”. Cuando le preguntaron que por qué había exclamado así contestó: “La tumba le quedaba pequeña a este hombre bueno y Allah se la ensanchó y se la hizo comfortable. Esta es una de las recompensas que Allah concede a los mártires y a los buenos musulmanes.”

EL TRATADO DE HUDAYBIYA

La tribu de Quraish había intentado destruir al Islam pero no había podido. El número de musulmanes aumentó y su ejército pasó de tener trescientos en la batalla de Badr y setecientos en la de Uhud, a los tres mil de la Batalla de la Zanja.

Después del ayuno del mes de Ramadán el Profeta tuvo un sueño que indicaba que los musulmanes debían ir a La Meca para realizar la peregrinación menor. Mil cuatrocientos musulmanes se prepararon para ir con él a hacer la peregrinación, llamada “Umrah”. Se pusieron la vestidura blanca y salieron sin armas para mostrar a Quraish que iban a hacer la peregrinación y no a luchar. Cuando los de Quraish oyeron que el Profeta estaba de camino, enviaron algunas tropas con Jolid Ibnil Walid para impedir que los musulmanes entrasen en la ciudad.

Para evitar encontrarse con ese pequeño ejército el Profeta cambió su ruta y llevó a sus hombres a través de pasos abruptos de montaña. Al llegar

a un terreno algo más llano les dijo: “El mismo poder que un día impidió al elefante entrar en La Meca nos para a nosotros ahora”. Entonces ordenó acampar y así lo hicieron aunque hubieran querido seguir para llegar a la sagrada Kaaba al día siguiente.

Al acampar se encontraron con la mala sorpresa de que los manantiales de agua estaban casi secos. Al oír esto el Profeta de Allah le dijo a un hombre llamado Nayiyah que cogiera el cuenco de agua en el que había hecho la ablución y verter el agua en los agujeros de los manantiales donde quedase algo de agua y que la removieran con flechas. Nayiyah hizo como se le dijo y empezó a salir agua fresca tan rápido que casi no le dio tiempo de salir.

Se enviaron mensajeros a los Quraish para decirles que los musulmanes venían solo para la peregrinación, para adorar a Allah en la santa Kaaba, y que querían entrar pacíficamente en la ciudad, pero los Quraish no hicieron caso. Finalmente, el yerno del Profeta, Uzman ibi Affán, un hombre sabio y respetado, fue elegido para ir a La Meca, mientras los demás se

quedarían allí a la espera de una respuesta o noticias a su vuelta. Tras mucho tiempo de espera los musulmanes empezaron a preocuparse seriamente y llegaron a pensar que le habían matado. Al Profeta le vino un estado similar al que le venía cuando recibía revelaciones. Reunió a todos a su alrededor y bajo un árbol de acacia les pidió que le jurasen fidelidad y así lo hicieron. Este pacto, que se menciona en el Corán, vino a conocerse como el “Pacto de Radwan”, es decir, Pacto de la Complacencia. Poco después Uzmán volvió y los musulmanes se tranquilizaron al ver que no le había pasado nada.

Algunos guerreros de Quraish intentaron atacar el campamento, pero fueron capturados y traídos delante del Profeta que les perdonó después de prometerle que no volverían a atacarles.

Poco después vinieron mensajeros oficiales de Quraish para negociar un acuerdo de paz. Los de La Meca enviaron a un hombre llamado Suhail ibni Amr para elaborar el Pacto. Cuando el Profeta pidió a Alí que escribiese al comienzo

de la página “En el nombre de Allah, El Todo compasivo y Misericordioso”, Suhail se opuso diciendo: Escribe sólo: “En tu Nombre, Allah”, yo no conozco Al Rahmán, Al Rahím”. El Profeta lo aceptó y dictó: “Este es un pacto entre Muhammad, el Enviado de Allah y Suhail ibni Amr...” “Alto” -gritó Suhail- “yo no creo que seas enviado de Allah, si lo creyera no estaría luchando contra ti, ¿No?”. Con calma el Profeta accedió a que se le nombrase en el pacto como Muhammad, hijo de Abdullah. Los musulmanes se enfadaron mucho al ver lo que pasaba y Omar gritó furioso: “¿No eres tú el Enviado de Allah y no somos nosotros musulmanes? ¿Como podemos aceptar un trato así cuando estamos en la verdad y ellos están equivocados!? -Eso hará que la gente se burle de nuestra religión.” Pero el Profeta sabía qué era lo mejor y el Pacto de Hudaibiya se firmó.

Según el pacto, las dos partes acordaban dejar de luchar durante diez años. También se acordaba que los musulmanes debían volver inmediatamente a Medina pero que podrían volver al año siguiente para hacer la peregrinación que duraría

tres días. Además, el pacto permitía a los musulmanes que quisieran dejar el Islam volver a La Meca pero, en cambio, no así para los de La Meca que quisieran ir a Medina a hacerse musulmanes, que no serían admitidos en Medina si no era con el consentimiento de sus jefes. Los musulmanes acordaron que devolverían a La Meca a cualquiera que viniese de allí sin permiso de sus jefes. El propio hijo de Suhail había venido con su padre con la idea de unirse al Profeta, pero una vez que se firmó el pacto, tuvo que volverse a La Meca con su padre. Lloraba amargamente y el Profeta le dijo: “Abu Yandal, ten paciencia y conténtate. Allah te aliviará y os dará una salida para ti y otros como tú”

A la mayoría de los musulmanes les decepcionó el pacto cuando conocieron los términos, y pensaban que no deberían haberlo aceptado. No se daban cuenta de que, en realidad era una gran victoria para el Profeta, que Allah iba a confirmar después con una revelación. El pacto acordado aseguraba a los musulmanes el poder ir a La Meca al año siguiente en paz y con el

tiempo haría que los musulmanes se hicieran más y más fuertes y respetados en Arabia. Cuando se firmó aquel pacto no podían prever que el número de personas que iban a viajar a Medina para hacerse musulmanes al año siguiente iba a ser mayor que el de todos los anteriores.

Antes de volverse, los musulmanes siguieron el ejemplo del Profeta de sacrificar los animales y afeitarse o cortarse el pelo, como es y era la costumbre en la peregrinación. Aunque no habían llegado a la sagrada mezquita, su peregrinación había sido aceptada por Allah, porque esa había sido su verdadera intención. Durante el viaje de vuelta a Medina fue revelado el capítulo del Corán llamado “La Victoria”, que comienza diciendo:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“Te he concedido [¡oh, Mujámmad!] una victoria evidente. Dios te perdonará [¡oh, Mujámmad!] las faltas que cometiste y las que pudieses cometer, completará Su gracia sobre ti, te afianzará en el sendero recto, te dará un auxilio grandioso.” Corán (48: 1-3)

Desde entonces, todos los que dejaban La Meca para unirse al Profeta sin permiso de sus jefes no eran acogidos en Medina pero de hecho no volvían a La Meca sino que se iban a vivir en grupos a lo largo de la costa y a ellos se les fueron uniendo otros. Esos grupos comenzaron a ser una amenaza y peligro para las caravanas de Quraish que pasaban y eran interceptados por ellos, impidiendo así su comercio. A causa de esto, los Quraish le dijeron al Profeta que acogiera a los que quisieran dejar La Meca y unirse a él. Entonces los jóvenes se unieron al Profeta y la gente de La Meca y Medina se sintió más cómoda los unos con los otros. A los jóvenes que llegaron de la costa les siguieron poco después aquellos musulmanes que aún vivían en Abisinia y pronto el número de creyentes en Medina se dobló.

Por entonces, Jalid ibnil Walíd, gran guerrero que había vencido a los musulmanes en Uhud, salió de La Meca en dirección a Medina. En el camino se encontró con Amr ibnil Aas, el hábil orador que había perseguido a los musulmanes que huyeron a Abisinia. Amr había intentado

buscar asilo en Abisinia también y acababa de volver del país porque el Negus le había apremiado para que entrase en el Islam. Amr le preguntó a Jalid: “¿A dónde vas? Jalid le contestó: “El camino está ahora claro. Ese hombre es ciertamente un profeta y te juro que voy para hacerme musulmán; ¿por qué dejarlo para más tarde? Amr le dijo: “Yo voy para lo mismo que tú”. Así que los dos siguieron el viaje juntos a Medina para unirse al Profeta. Sin embargo, los dos tenían miedo del encuentro porque los dos habían luchado contra los musulmanes en el pasado. Cuando Amr llegó ante el Enviado de Allah, le dijo: “Profeta, ¿me serán perdonadas mis faltas pasadas y no se mencionará lo que ocurrió antes?”. El Profeta contestó: “Amr, el hacerse musulmán borra todo lo anterior, como lo borra también la emigración”.

Un año después del Pacto de Hudaibiya el Profeta pudo dirigir dos mil peregrinos a hacer “Umrah” a La Meca. Los Quraish dejaron la ciudad vacía y observaron los ritos desde las colinas de alrededor. Pasados los tres días de

estancia acordados, los musulmanes regresaron a Medina.

LA LLAMADA

El pacto de Hudaibiya, sellado para diez años, significaba que todo el que quisiera podía ir a Medina desde cualquier parte de Arabia a visitar al Profeta y muchos lo hicieron para manifestar su fe en el Islam. También durante este tiempo el Profeta decidió que había llegado el momento de que su mensaje fuera llevado a otros países y envió compañeros de confianza con cartas, hablando de su mensaje, a los jefes de las naciones más poderosas de su tiempo. Según la tradición escrita, el Profeta decía en los mensajes: “Allah me ha enviado como misericordia para toda la gente, aceptad este mensaje mío para que Allah tenga misericordia de vosotros.” También está recogido que tiempo atrás, cuando el Profeta estaba excavando la tierra antes de la batalla de la Zanja, golpeó una piedra que intentaba sacar y de la que salieron, como chispas, tres rayos que le hicieron ver las fortalezas de las civilizaciones del Sur, Este y Oeste, que pronto llegarían a ser parte del Islam.

Cuando el Profeta envió su mensaje, Abu Sufian y otros miembros de Quraish estaban de viaje de comercio en Siria, que era entonces una provincia del Imperio Romano de Oriente, más tarde llamado Bizancio. También en esos días el emperador Heraclio, jefe de aquel Imperio, tuvo un sueño triste y lo comentó a sus visitantes en la corte de Siria: “He visto nuestro imperio caer y la victoria ser para un pueblo que no siguen nuestra religión”. Al principio pensó que se debía referir a los judíos, que vivían bajo su mandato, pero entonces un enviado del gobernador de Basra llegó con un mensaje para el emperador: “Heraclio, hay algunos árabes en la ciudad que hablan de cosas extraordinarias que ocurren en su país”... y le contó lo que había oído acerca del Profeta. Al oírlo, Heraclio ordenó a sus soldados: “Id a buscad a alguien que pueda contarme más acerca de esto.” Pero los soldados no encontraron a los que habían estado hablando acerca del Profeta sino a Abu Sufian y algunos de sus compañeros, y los trajeron ante el emperador. Heraclio les preguntó: ¿Hay alguien de entre vosotros que sea pariente cercano del profeta Muhammad? Yo, contestó Abu Sufian. Heraclio

le dirigió todas las preguntas a él pensando que le conocería mejor que nadie. Le dijo: Dime, ¿cuál es la posición del profeta en tu tribu? Es miembro de nuestra más honorable familia. ¿Alguien antes que él dijo las cosas que él dice? No. ¿Y fue acusado antes de mentir o engañar? Nunca. ¿Y cómo son sus ideas, opiniones y razones? Nadie ha tenido motivos nunca para dudar de él o encontrado fallos en sus razonamientos.

¿Quiénes le siguen, los ricos o los humildes? Los humildes, ¿Sus seguidores aumentan o disminuyen? Aumentan; ninguno de sus seguidores le deja. El emperador preguntó entonces sobre otros asuntos y dijo: Si hace un pacto ¿lo cumple? Sí, contestó Abu Sufian ¿Alguna vez has luchado contra él? Sí, y algunas veces hemos ganado nosotros y otras él, pero nunca faltó a su palabra en ningún acuerdo.

¿Qué dice que debe hacer la gente? Adorar a un Dios. Prohíbe a la gente que adoren como nuestros padres adoraban y dice que debemos adorar sólo a Allah, dar limosnas, no faltar a la palabra y cumplir los deberes y las obligaciones. Abu Sufian había dicho la verdad a pesar de ser

enemigo del Profeta y no convertirse al Islam hasta el final de su vida, y es que tenía miedo de mentir delante de los miembros de su caravana. El encuentro terminó con las siguientes palabras del emperador:

-De todo esto veo que es en verdad un profeta: Dices que sus seguidores no les dejan, lo cual prueba que tienen verdaderamente fe porque la fe no entra en el corazón para luego marcharse. Yo ya sabía que había de venir y, si lo que dices es verdad, por seguro que me conquistará. Si estuviera ahora con él yo le lavaría los pies. Ahora podéis marcharos.

Poco después de aquello, el mensajero, Dihia, llegó a la corte de Siria con la carta del Profeta Muhammad, que decía: “Si aceptas el Islam estarás a salvo y Allah te dará doble recompensa; si no lo haces tendrás que vivir con las consecuencias de tu decisión”.

Heraclio cogió la carta y se conmovió tanto que casi perdió el control de sí mismo y le dijo a Dihia: “Sé que tu maestro es un verdadero profeta de Allah. Nuestros libros hablan de su llegada. Si no

temiese que los romanos me matasen, me haría musulmán. Debes visitar al obispo de Dagátir y contarle todo a él. Su palabra es más respetada que la mía entre la gente.” Diahia entonces le comunicó el mensaje al obispo y cuando lo escuchó Dagátir dijo: “Sí, tu maestro, a quien nosotros llamamos Ahmed, está mencionado en nuestras escrituras”. A continuación, cambió sus vestiduras negras por otras blancas y fue y habló a la gente reunida en la iglesia diciendo:

“¡Romanos! Nos ha llegado una carta de parte de Ahmed en la que nos habla de Allah. Yo doy testimonio de que no hay más divinidad que Allah y de que Ahmed es su siervo y enviado”. (Ahmed es uno de los nombres del Profeta). Al oír esto la multitud se enfureció y atacó a Dagátir y lo golpeó hasta la muerte.

Heraclio temía que le pasara lo mismo a él y habló a sus generales desde el balcón diciéndoles: “Romanos, me ha escrito un hombre invitándome a su religión. Yo creo que es verdaderamente el Profeta que se nos ha dicho que esperásemos. Sigámosle para ser felices en este mundo y en la otra vida. “Al oír esto,

levantaron la voz enfurecidos a lo que Heraclio dijo rápidamente: “Sólo estaba fingiendo. Quería probar la fuerza de vuestra fe. Me agrada ver que sois fieles a vuestra religión”. Entonces Heraclio sugirió pagar un impuesto o dar tierra a los musulmanes para mantener la paz, pero los romanos se negaron. Dándose cuenta de que no podía hacer nada más y sabiendo que algún día el Islam conquistaría Siria, Heraclio dejó aquella provincia y volvió a Constantinopla, la capital del imperio romano de oriente. Mientras cabalgaba alejándose se dio la vuelta para mirar atrás y dijo: “Adiós por última vez, tierra de Siria”.

Mientras tanto, otro de los mensajeros del Profeta llegó al palacio de Cosroes, el “Shah” o rey de Persia. Allí los de la guardia le dijeron: “Cuando veas al Shah debes inclinarte y no levantar la cabeza hasta que él no te hable”. “Nunca haré tal cosa” – replicó el enviado del Profeta- “yo sólo me inclino ante Allah”. “Entonces el Shah nunca aceptará la carta que traes”, le dijeron. Cuando le llegó el momento de entrar ante el Shah, éste se sorprendió realmente de ver a aquel hombre con la cabeza erguida y sin

arrodillarse respetuoso ante él como todo el mundo. Sin embargo, el Shah leyó la carta, que decía: “En el nombre de Allah, el Todo compasivo y Misericordioso. De Muhammad, enviado de Allah a Cosroes, rey de Persia: La paz sea sobre quienes siguen la Verdad, los que creen en Allah y en su Profeta y los que dan testimonio de que no hay otra divinidad que Allah y de que Muhammad es su Enviado. Te pido en el nombre de Allah, porque soy su enviado, que adviertas a tu gente de que si no aceptan Su mensaje deberán vivir con las consecuencias de ello. Hazte musulmán y estarás a salvo. Si te niegas a decírselo, tú serás el responsable de la ignorancia de tus súbditos”.

El Shah se puso furioso al leer esto y rompió la carta en pedazos. Cuando el mensajero volvió a Arabia y contó al Profeta lo que Cosroes había hecho, el Profeta dijo: “Que Allah rompa su reino también en pedazos”. Varios años después ocurrió tal y como el Profeta había dicho que sería. Al igual que a Siria y Persia, se envió un mensajero al Negus de Abisinia, con la siguiente misiva:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Él es Al-lah, no hay otra divinidad salvo Él, el Soberano Supremo, el Santísimo, el Salvador, el Dispensador de seguridad, el Custodio [de la fe], el Todopoderoso, el Dominador y el Soberbio. ¡Glorificado sea Dios! Está por encima de las divinidades que Le asocian.” Corán (59: 23).

“Doy testimonio de que Jesús es el hijo de María la Virgen, santa y pura, que concibió a Jesús. Allah le creó de Su espíritu y de Su Aliento, como creó a Adán con Sus manos y aliento. Te invito a acudir Allah, el Único, sin socio alguno, te llamo a obedecerle y a seguirme y a creer en lo que me es revelado, porque soy enviado de Allah. La paz sea sobre quienes siguen la guía”.

El rey de Abisinia era un hombre muy sabio y todo el mundo lo tenía por un buen cristiano. El ya había oído, claro, hablar del Profeta y su religión de boca de los musulmanes que le habían pedido asilo en su país años atrás. Le impresionó mucho la carta y cuando bajó de su trono fue para mostrar no sólo respeto, sino que ya era de hecho musulmán. Contestó a la carta del Profeta con

otra suya que decía: “A Muhammad, el Profeta de Allah, del Negus al Asham, rey de Abisinia. La paz sea sobre tí, oh enviado de Allah, y su compasión y bendiciones. Nadie es como Aquel que me ha guiado al Islam.

He recibido tu carta, oh Enviado de Allah. Algunos de tus seguidores, incluido tu primo Yaafar aún viven aquí. Yo creo que en verdad tú eres el Enviado de Allah y confirmo el pacto de alianza que hice contigo hace algún tiempo ante tu primo Yaafar. De su mano, me uno al Islam y me someto al Señor de los mundos.”

Un cuarto mensajero había mientras tanto viajado a Alejandría para encontrarse con Muqawqis, el gobernante de Egipto, que era un cristiano copto. En su carta el Profeta le invitaba a Muqawqis, porque un cristiano que creyese en el mensaje de Jesús debería creer también en él, porque había venido con el mismo mensaje de Allah. La carta decía así: “En el nombre de Allah, Todo compasivo y Misericordioso, de parte de Muhammad, hijo de Abdullah, al Gran Copto. La paz sea sobre quienes siguen la guía. Te ruego que aceptes el Islam. Hazte musulmán y Allah te

recompensará por duplicado. Si te niegas, tú serás responsable de no dejar a tu pueblo tener parte en esta bendición.” El Muqawqis mostró respeto por lo que decía la carta, trató al mensajero bien y envió muchos regalos con él para el Profeta pero no se hizo musulmán.

Aunque sólo Abisinia respondió a la llamada del Islam, no todo se perdió porque unos años más tarde Persia, Siria y Egipto serían musulmanes.

LA ENTRADA EN LA MECA

A pesar de que las relaciones entre La Meca y Medina mejoraron después del pacto de Hudaibiya, la tregua de diez años iba a ser rota por los Quraish quienes, junto con sus aliados Bani Bakr, atacaron a la tribu de Juzaa. La tribu de Juzaa eran aliados de los musulmanes y cuando el Profeta supo del ataque, inmediatamente ordenó a sus hombres que se preparasen para la guerra. Cuando estuvieron listos les dijo que se dirigirían hacia La Meca y que como no quería lucha alguna dentro de la ciudad les dijo que actuasen con rapidez para coger a los enemigos por sorpresa. Así los de La Meca no

tendrían tiempo de prepararse para la guerra y al verse rodeados tendrían que rendirse. De este modo los musulmanes podrían tomar la ciudad sin que hubiera heridos o muertos en ninguno de los lados.

Cuando el ejército musulmán, que estaba formado por diez mil hombres, salió para La Meca era el mes de Ramadán, en el octavo año de la Hégira. Muchos de los hombres siguieron ayunando aunque no estaban obligados a hacerlo al estar de viaje. Todos estaban contentos porque iban a La Meca, especialmente algunos que no habían visto sus hogares allí desde hacía ocho largos años.

Mientras tanto, el tío del Profeta, Abbás, había decidido que ya era hora de que él y su esposa abandonaran La Meca para unirse al Profeta en Medina. No tuvieron que andar mucho porque a la distancia de sólo veinticinco kilómetros se encontraron con el campamento musulmán. Cuando el Profeta les vio dijo: “Tío mío, tú eres el último en hacer la Hégira y yo soy el último profeta”. Al-Abbás se unió entonces al ejército y su mujer siguió de viaje a la segura Medina.

Cayó la noche y los musulmanes encendieron fuegos en el campamento. Los de La Meca, mirando en la distancia, se quedaron pasmados de ver tantos fuegos y Abu Sufian recorrió toda La Meca tratando de averiguar quiénes eran los que estaban allí acampados. De pronto vio a al-Abbás cabalgando hacia él desde donde venían las luces. Venía como mensajero de paz de parte del Profeta y le dijo a Abu Sufian: “Los musulmanes han venido con un gran ejército y no quieren luchar, sólo quieren entrar en la ciudad. Sería mejor rendirse y no luchar. Ven bajo mi protección a ver al Profeta. Abu Sufian aceptó y se montó atrás con Al-Abbás sobre la mula blanca del Profeta. Aún era de noche cuando entraron en el campamento musulmán. Cada vez que pasaban junto a un fuego alguien les gritaba: “¡Quien va!” Nadie reconocía al extraño como el jefe de sus enemigos, pero todos conocían a al-Abbás y le dejaban pasar. Sin embargo, cuando pasaron junto a Omar, éste le reconoció y gritó: “¡Abu Sufian, el enemigo de Allah!” Salió a todo correr tras ellos para matar a su enemigo, pero al-Abbás arreó la mula y escaparon. Llegaron a la tienda justo

antes que Omar, que entró jadeante detrás de ellos. Omar suplicó al Profeta: “Enviado de Allah, déjame que acabe con la vida de Abu Sufian, este enemigo del Islam que ha dirigido los ejércitos de Quraish para atacarnos.” Al-Abbás le interrumpió diciendo: “He jurado protegerle mientras esté aquí. El Profeta le dijo que se llevase a Abu Sufian a su tienda esa noche. Por la mañana Al Abbas llevó a Abu Sufian diciéndole: “¿No te has dado cuenta de que no hay otro dios que Allah? Abu Sufian le respondió: “Si hubiera otro me hubiera ayudado ahora”. El Profeta le dijo: “Abu Sufian, ¿Cómo es que no te das cuenta de que soy en verdad el Enviado de Allah?”. Tras unos momentos de silencio, Abu Sufian, que recordaba cómo habían prohibido a Omar matarle, dijo: “Yo veo que eres generoso y Misericordioso, pero sobre eso aún no estoy seguro...” Al Abbas le dijo entonces; “Cree, como yo he creído ahora”. Abu Sufian se quedó callado otra vez y con voz clara y con calma juró delante de todos: “No hay otro dios que Allah, y Muhammad es enviado de Allah”.

Entonces el Profeta le dijo a Abu Sufian que volviese a La Meca a contar a su gente que los musulmanes iban a entrar en La Meca la mañana siguiente. Sin embargo, antes de marcharse, Al Abbás sugirió al Profeta que siendo Abu Sufian un hombre orgulloso sería bueno darle una posición honorable. El Profeta escuchó el consejo y le dijo a Abu Sufian: “Dile a la gente que cuando entremos todo el que se refugie en tu casa estará a salvo.” Esto suponía un gran honor para Abu Sufian. Además, el Profeta le dijo que asegurase a los de La Meca que cualquiera que se quedase en su casa o en la Kaaba, estaría protegido también.

Abu Sufian volvió rápidamente a la ciudad. Se fue directo a la colina a la que Hagar había subido buscando agua y desde la que el Profeta había hablado y convocado a los Quraish. Ahí, Abu Sufian habló a su gente diciéndoles: ¡Oh gente de La Meca!

Los fuegos que vimos anoche alrededor eran del campamento de Muhammad y sus hombres. Ha venido con un poderoso ejército y son demasiados para luchar contra ellos. Es mejor

rendirse. Cualquiera que entre en mi casa o en su propia casa o en la Kaaba, estarán a salvo.

Por la mañana temprano del día siguiente los musulmanes entraban en La Meca por todos los lados. Se les había ordenado no dañar a nadie a no ser a quien les impidiera la entrada. Cuando llegó el Profeta se bajó del camello, se postró en la tierra y dio gracias a Allah por la victoria. Cuando los infieles vieron eso supieron que el Profeta había venido en son de paz. La gente comenzó a dejar sus casas y fueron corriendo hacia la Kaaba. Al llegar allí vieron al Profeta realizando las vueltas rituales en torno a ella sobre su camello, rodeado por los musulmanes. Cuando terminó dijo: “No hay otra divinidad más que Allah, que no tiene asociado alguno. ¡Hombres y mujeres de Quraish dejad vuestro orgullo porque todos somos iguales, todos somos hijos de Adán y Adán fue hecho de polvo. Entonces recitó estos versos del Corán:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“¡Oh, seres humanos! Los he creado a partir de un hombre y de una mujer, y los congregué en pueblos y tribus

para que se reconozcan los unos a los otros. El mejor de ustedes ante Dios es el de más piedad. Dios todo lo sabe y está bien informado de lo que hacen.” Corán (49: 13)

Después les dijo: “Quraish: ¿Qué pensáis que voy a hacer con vosotros?”. Todos se quedaron pensando qué decir porque sabían que de acuerdo con las leyes de guerra podían ser tomados prisioneros. Sin embargo, también sabían que el Profeta Muhammad era generoso y contestaron: “Nos tratarás como buen sobrino y generoso hermano nuestro que eres.”

Entonces el Profeta replicó con las palabras del Profeta Yusuf cuando sus hermanos fueron a Egipto. “Allah os perdona y El es el Más Misericordioso de los Misericordes.” Más tarde el Profeta fue a la colina de Safa y allí se reunió la multitud. Fueron subiendo uno por uno para darle la mano, declarándose musulmanes. Después volvió a la Kaaba y señalando con su bastón los trescientos sesenta y cinco ídolos que estaban allí puestos recitó los versos del Corán que dicen:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Y di: ‘Ha triunfado la Verdad y se ha disipado la falsedad; la falsedad siempre se desvanece.’” Corán (17: 81)

Al decir eso, todos los ídolos se cayeron de cara al suelo. Junto con sus compañeros, el Profeta comenzó entonces a purificar la Kaaba. Después ordenó a Bilal subir a lo alto y hacer la llamada a la Oración. Desde aquel día, esa misma llamada se ha escuchado cinco veces al día en La Meca. La casa de Allah, la Kaaba ha servido para el propósito que fue construida por Abraham hace miles de años, como santuario para la adoración de Allah, nuestro creador, y La Meca continúa siendo el centro espiritual del Islam. El día que La Meca fue conquistada, el Profeta se dirigió a la gente diciéndoles: “Allah hizo La Meca sagrada el día que creó los Cielos y la Tierra, y es el sitio más sagrado hasta el día de la resurrección. A nadie que crea en Allah y el último día le está permitido derramar sangre en ella, ni cortar árboles en ella. No fue lícito para nadie antes de mí ni lo será para nadie después de mí. En verdad no es lícito para mí tampoco excepto en este momento y sólo por la

ira de Allah contra su gente lo hace permisible. Ahora La Meca ha recobrado su carácter sagrado otra vez. Que los que están aquí vayan y lo cuenten a otros.”

LA LECCIÓN SOBRE EL ORGULLO: EL VALLE DE HUNAIN

El Islam floreció en La Meca y los musulmanes se hicieron más y más fuertes, pero al sur de La Meca vivía una tribu de guerreros llamados Hawazin que no se habían hecho musulmanes. Se pusieron de acuerdo con otra tribu de Táif llamada Zaqíf para luchar contra los musulmanes y destruirlos antes de que pudiesen extender su religión a través de toda Arabia.

Los Zaqíf que eran conocidos por su valor se ganaron pronto el apoyo de otras tribus que vivían alrededor de la zona de Táif, especialmente cuando les dijeron a esas tribus: “mirad lo que ha ocurrido: Si Quraish, la mayor tribu, ha caído en las manos de Muhammad, es sólo cuestión de tiempo y a todos nosotros nos ocurrirá lo mismo. Debemos atacar ahora, antes

de que los musulmanes se asienten en La Meca y tengan el apoyo de Quraish”.

El jefe de esas tribus, un temido guerrero llamado Malik ibni Auf, fue elegido comandante y propuso el siguiente plan: “Iréis todos a la batalla acompañados de vuestras familias, vuestras tiendas y vuestro ganado porque cuando todos vuestros bienes estén en juego nadie se atreverá a abandonar la lucha”. Todos estuvieron de acuerdo con Malik excepto un viejo ciego llamado Doaid. Había sido un valiente guerrero en su tiempo y por su experiencia y valioso consejo aún acompañaba a los hombres en las batallas. “No me gusta el plan de Malik”, insistía, “si un hombre es tan cobarde que huye de la batalla, tampoco le importa dejar a su familia, las mujeres y los niños serán una gran preocupación para nosotros y si nos derrotan toda nuestra riqueza caerá en manos de nuestros enemigos”. Pero Malik no hizo caso a su consejo y se aferró a su plan original.

Cuando el Profeta oyó lo que estaban tramando las tribus enemigas se vio forzado a luchar y ordenó a sus tropas avanzar hacia Taíf. Tenía

entonces doce mil hombres mientras que el enemigo era sólo cuatro mil. Los musulmanes estaban orgullosos de su fuerza y viendo su gran número se decían: “¡no podemos ser derrotados!”. Al oír esto, el Profeta supo que los musulmanes se habían vuelto demasiado orgullosos y que por eso no iban a vencer. Él se los advirtió: “Mirad a Allah y no a vuestras propias fuerzas.”

Llegó el momento de la batalla. El ejército musulmán avanzaba a lo largo del valle de Hunain y las otras tribus estaban esperándoles. Era aún de madrugada y no había bastante luz. Los musulmanes no se habían dado cuenta de que al amparo de la noche, los guerreros de Hawazin se habían encaramado a los lados del valle y estaban al acecho. En el momento en que pasaban por un paso estrecho del valle, los Hawazin atacaron. Primero arrojaron rocas sobre ellos y después, con flechas y espadas, atacaron. Sorprendidos y llenos de miedo, los musulmanes empezaron a retirarse. El Profeta se vio amargamente decepcionado al verlos huir aterrorizados y se quedó firme en su puesto,

junto con Abu Bakr, Alí, su tío Al Abbás y unos pocos compañeros a su lado. Entonces Al Abbás gritó a los musulmanes que volviesen y que no abandonaran al Profeta. Avergonzados por lo que habían hecho, al ver al Profeta haciendo frente al enemigo casi solo, los musulmanes volvieron rápidamente a la lucha. Entonces Allah envió sus ángeles – “un ejército que no podéis ver”- en su ayuda. Siguió entonces una lucha feroz. Los guerreros musulmanes avanzaban atacando con furia e hicieron retroceder a Hawazin hacia lo ancho del valle donde siguió la dura lucha durante mucho tiempo. Los musulmanes ganaron al acabar el día pero no sin antes haber aprendido una lección dura acerca del peligro del orgullo. Tal y como había previsto el viejo guerrero, el ejército derrotado huyó dejando que fueran capturados sus bienes y familias. Más tarde todos los jefes de las tribus excepto una vinieron a pedir que se los devolvieran y a declarar su aceptación del Islam. El Profeta les perdonó y les devolvió a sus familiares pero no sus posesiones.

El único jefe que no volvió fue el de Hawazin, que huyó a Táif donde se refugió en el castillo. Los musulmanes les persiguieron, rodearon el castillo y lo sitiaron durante tres semanas. Intentaron asaltarlo, pero tras perder muchos hombres en el intento, el Profeta ordenó retirarse. Pero la historia no terminó ahí porque poco después los Hawazin y la mayoría de las tribus fueron a La Meca a declararse musulmanes, incluyendo a Malik ibn Awf, que había dirigido la batalla y a quien el Profeta nombró jefe de todos ellos.

Después de la batalla del valle de Hunain el Profeta distribuyó los bienes que habían sido capturados entre los hombres de Quraish y las otras tribus de beduinos. Los Ansár de Medina, que habían sido su único apoyo y aliados durante los duros años anteriores a la conquista de La Meca, no recibieron nada. Se enfadaron por ello y fueron a quejarse al Profeta. Él les dijo: “¿Qué es lo que oigo entre vosotros?” “¿Pensáis mal de mí? ¿Acaso no llegué a vosotros cuando no sabíais nada de la Verdad y Allah os guió; cuando erais pobres y Allah os

enriqueció, cuando erais enemigos unos de otros y Allah ablandó vuestros corazones? ¿Estáis codiciando las cosas de este mundo que debo usar para ganar la confianza de algunos y después guiarles al Islam? ¿No os basta a vosotros el Islam? ¿No os satisface que mientras unos se llevan consigo rebaños, vosotros os lleváis al Enviado de Allah a Medina?” Al oír esto todos los hombres se sintieron apenados y comenzaron a llorar. Uno de ellos entonces, con gran humildad y reverencia, le dijo de parte de todos: “En verdad que estamos bien contentos de que sea el Enviado de Allah lo que nos ha tocado en esta vida.” Quizá podríamos hacernos nosotros la misma pregunta: ¿No es una bendición el tener al Profeta Muhammad y El Libro guiándonos en lo que verdaderamente importa para siempre? ¿No es mucho más importante que pensar en

los disfrutes pasajeros de cada día?

Poco después salieron los Ansár para Medina, acompañados del Profeta. Se podría haber quedado con su gente y vivir allí en La Meca, pero volvió como había prometido para vivir

entre la gente de Medina, lo cual era una gran bendición para ellos.

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“[Recuerden que] Dios los socorrió en muchas ocasiones, como el día de [la batalla de] Hunain, cuando ustedes se vanagloriaban de su superioridad numérica, pero de nada les valió y les resultó estrecha la Tierra [para escapar cuando los atacaron los idólatras] a pesar de su vastedad, y buyeron. Pero Dios hizo descender el sosiego sobre Su Mensajero y sobre los creyentes, e hizo descender tropas [de ángeles] que ustedes no pudieron ver y castigó a los que se negaban a creer [con una derrota]. Así es como Dios castiga a los que se niegan a creer. Luego, Dios perdonó a quienes se arrepintieron [y abrazaron el Islam]. Dios es Absolvedor, Misericordioso.” Corán (9: 25-27)

TABUK, LA PRUEBA DE FE

Como aumentaba más y más el número de seguidores del Profeta en Arabia, la noticia del creciente poder de los musulmanes llegó a los oídos de Heráclito, emperador del imperio romano de oriente. Los romanos veían la unión

de los árabes en el Islam como una posible amenaza a su imperio y los generales consejeros del emperador decidieron que lo mejor que podían hacer era atacarles por el Norte y por el Este al mismo tiempo y destruir así el Islam de una vez por todas.

Habían pasado ya dos años desde que Heraclio les había hablado de la carta del Profeta pidiéndoles someterse al Islam, pero, al igual que entonces, ahora no estaba el ánimo para escuchar esas ideas. Cuando el Profeta oyó acerca de los planes de los romanos decidió que sería mejor enfrentarse con su ejército en Tabuk, que está a unos quinientos kilómetros al Norte de Medina, en el camino de Siria. Una de las razones para esa decisión era que el Profeta sentía que si los musulmanes eran derrotados en Medina, la ciudad y el ejército serían tomados, lo que significaba el fin del Islam. Fue una decisión difícil de tomar para él, porque no solo estaba Tabuk muy lejos sino que, además, era tiempo de cosecha y un año especialmente caluroso. Además de todo aquello, estaba el hecho de que el enemigo tenía un ejército enorme. En

aquellos días había alguna gente en Medina que no era verdaderamente creyente. Se les llamaban los hipócritas porque decían ser creyentes pero escondían lo que realmente había en sus corazones. Cuando el Profeta llamó a todos a la guerra, estos hipócritas intentaron crear miedo y duda entre los musulmanes diciendo: “¡Cómo podemos esperar vencer a los romanos cuyo gran imperio se extiende sobre enormes áreas del mundo! Aunque pudiésemos no lo lograríamos porque el largo camino y el calor nos derrotarán antes de llegar. Además, nuestras cosechas y frutos están a punto de ser recogidos, ¿Cómo podemos dejarlos? ¡Nos arruinaremos!” Todo lo que los hipócritas decían supuso una dura prueba para los musulmanes.

¿Quién iría a luchar por Allah, a pesar de todos esos factores en contra? ¿Quién tendría el valor de dar todo lo que tuviera para equipar al ejército? Esta prueba de fe iba a mostrar quiénes eran los musulmanes de verdad. Sobre este asunto, Allah reveló los siguientes versículos del Corán:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

¡Oh, creyentes! ¿Por qué cuando se los convoca a combatir por la causa de Dios, responden con desgano? ¿Acaso prefieren la vida mundanal a la otra? Los placeres mundanos son insignificantes respecto a los de la otra vida.” Corán (9: 38)

Para formar y equipar un ejército el Profeta necesitaba mucho dinero y, a pesar de todo lo que habían dicho los hipócritas, muchos musulmanes, especialmente los amigos cercanos al Profeta, estaban dispuestos a ayudar. Ozmán ibni Affán por ejemplo generosamente proporcionó caballos y armas para diez mil soldados y Abu Bakr dio todo lo que tenía en este mundo. Omar también dio mucho y de esta forma el Profeta pudo equipar un ejército de cuarenta mil soldados.

Todo estaba preparado y cuando finalmente iban a salir, siete hombres más fueron al Profeta a preguntarle si podrían ir con él. Desgraciadamente tuvo que negarse porque no había animales en que pudieran montar. Los siete hombres lloraron de pena al marcharse. Ya estaba el ejército a punto de moverse cuando encontraron que sobraban siete camellos. Al

saber esto, el Profeta mandó buscar a esos siete hombres que se alegraron enormemente de poder unirse a él en la lucha.

Para entonces los romanos habían oído que los musulmanes habían salido a su encuentro. Al oír esto se sintieron aún más seguros de la victoria porque pensaban que sería casi imposible cruzar un desierto así sin agua y bajo el fiero sol del verano. Incluso si por un milagro los musulmanes llegaran a cruzarlo, llegarían tan exhaustos que sería muy fácil derrotarlos. Y así, ocurrió que el calor era tan intenso y el viaje tan duro que varios musulmanes se volvieron para atrás. El Profeta y la mayoría, sin embargo, siguieron y continuaron hasta quedarse sin agua. La expedición parecía ahora no tener ninguna esperanza pues los hombres cada vez estaban más sedientos. El Profeta pidió ayuda a Allah y nada más acabar su petición empezaron a caer las primeras gotas de lluvia. Aquella noche durmieron bien por primera vez en muchos días, refrescados por el agua y confiados en que Bilal les despertaría como de costumbre para la oración del alba. Pero Bilal se quedó también tan

dormido que no se despertó a tiempo. Era la primera vez que los musulmanes perdían una oración en su tiempo y se enfadaron mucho. El Profeta no se enfadó con Bilal y le dijo a los musulmanes que no tenían por qué estar tan molestos porque no lo había hecho intencionadamente.

El Profeta y su ejército siguieron su marcha por el desierto hasta que finalmente llegaron al oasis de Tabuk. Cuando llegaron allí, sin embargo, se sorprendieron de encontrarse con que el ejército romano se había retirado al oír la manera tan milagrosa en que habían cruzado el desierto los musulmanes. El Profeta permaneció un tiempo en el oasis pero cuando estuvo claro que los romanos no iban a luchar dio ordenes de volver, no persiguieron al enemigo porque el Profeta sólo luchaba si era atacado.

La larga marcha a Tabuk había sido otra prueba más para la fe de los musulmanes. Aún así, entre los que hicieron ese viaje heroico había algunos que eran hipócritas, que figuraban ser sinceros mientras que ocultaban su odio al Islam en sus corazones. Ninguno hubiera sospechado que

alguien de los que hicieron el viaje aquel con el Profeta a lo largo del desierto podría ser enemigo del Islam. Sabiendo esto, algunos hipócritas planearon matar al Profeta haciéndole caer desde lo alto de un pasaje rocoso que existe entre las montañas de Aqaba. Sin embargo, antes de que el ejército llegara al paso rocoso, Allah advirtió al Profeta sobre el malvado plan y el Profeta ordenó que el ejército pasara por el valle mientras que él y sus dos guardias pasarían por el camino del precipicio. Cuando los conspiradores se acercaron, les gritó haciéndoles ver que conocía su plan a lo que rápidamente se volvieron e intentaron ocultarse entre el resto de los soldados. Más, el Profeta reunió a sus compañeros alrededor y les contó lo que había ocurrido. Hizo reunir a los hombres que habían querido su muerte y les dijo exactamente su plan con las palabras mismas que se habían dicho uno a otro en secreto. Algunos de los compañeros dijeron que esos hombres debían morir, pero el Profeta les perdonó. Nada más llegar de vuelta a Medina, el Profeta se fue a la mezquita a rezar. Muchos de los hipócritas e indecisos que no habían ido con él a Tabuk se

presentaron ante el Profeta para exponerle las razones de haberse quedado. Tres de ellos, de altura espiritual, fueron castigados por el Profeta a esperar el perdón de Allah. Durante cincuenta días nadie les habló. Finalmente, Allah reveló unos versículos del Corán al Profeta que declaraba el perdón de Allah para estos hombres:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Dios perdonó al Profeta, a los creyentes que habían emigrado y a quienes los socorrieron, cuando lo siguieron en los momentos difíciles [de la expedición a Tabuk], y aceptó el arrepentimiento de aquellos cuyos corazones estuvieron a punto de desviarse [al ausentarse de la expedición]. Él es Compasivo y Misericordioso con Sus siervos. También aceptó el arrepentimiento de los tres que se rezagaron [de la expedición]. A estos les resultó estrecha la Tierra a pesar de su vastedad [por la vergüenza que sentían], estaban acongojados y finalmente comprendieron que no tenían más refugio que Dios. Luego [de un tiempo] Él les aceptó su arrepentimiento para que regresaran [a Dios]. Dios es el Indulgente, el Misericordioso. ¡Oh, creyentes! Tengan temor de Dios y

permanezcan junto a los que dicen siempre la verdad.”
Corán (9: 117-119)

LA ÚLTIMA PEREGRINACIÓN

El Profeta se había convertido en el jefe más poderoso de toda Arabia. Después de que los ídolos de la Kaaba fueran hechos pedazos y los Quraish se sometieron al Islam, la mayoría de las otras tribus de Arabia fueron a declararse musulmanes también. El año en que vinieron fue conocido como el año de las delegaciones porque cada vez que una tribu se unía al Islam el Profeta Muhammad enviaba un grupo de sus hombres para enseñarles e instruirles en su nueva religión.

Mucha gente iba a Medina a preguntar personalmente al Profeta. Una tribu envió a un hombre llamado Dimán que era grande y fuerte. Al llegar a Medina se fue derecho a la mezquita donde el Enviado de Allah estaba sentado con algunos compañeros y allí de pie dijo en voz alta: ¿Quién de vosotros es el hijo de Abdul Muttalib?”. Cuando el Profeta contestó, Dimán le dijo: “Te voy a hacer una pregunta difícil, no

me entiendas mal. Te pido que jures por Allah, tu Allah, el Allah de aquellos antes de ti y el Allah de los que vendrán después de ti: ¿Te ha enviado él a nosotros como Mensajero? Sí. – contestó el Profeta:- ¿Te ha indicado Allah que nos ordenes servirle a Él, hacer el Salah cinco veces al día, pagar el Zaká, ayunar, hacer la peregrinación y seguir las órdenes del Islam?

Cuando el Profeta le contestó que en verdad Allah le había indicado eso, Dimán se hizo musulmán y mientras se iba dijo: “Entonces, haré las cosas que tenemos que hacer, evitaré las prohibidas y no haré ni más ni menos que eso”.

Mientras Dimán se iba montado en su camello, el Profeta les dijo a los que estaban alrededor suyo: “Si este hombre es sincero entrará en el Paraíso”. Cuando Dimán llegó a donde estaba su gente, todos pensaron que se había vuelto loco pero para la caída de la noche, cuando acabó de hablarles, todos sin excepción se habían hecho musulmanes.

Cuando vino el tiempo de la peregrinación anual, se hizo público que el Profeta iría a La

Meca. Musulmanes de toda Arabia acudieron para unirse a él en su viaje a la Kaaba. Las tribus que llegaban fueron acampando en los alrededores de la ciudad hasta llegar a juntarse más de treinta mil en número. El Profeta salió con su familia y compañeros para encontrarse con ellos y dirigirles en la peregrinación. Antes de partir, dirigió a todos los musulmanes en la Oración. Después, el Profeta montó en su camello y se dirigió hacia Meca seguido por los peregrinos, todos ellos adorando por primera vez desde hacía siglos, sólo a Allah, El Único Dios. El Profeta y sus compañeros se conmovieron ante la vista del enorme número de musulmanes que les acompañaban a La Meca, sin armas ni temor alguno. Se acordaban del tiempo de su hégira de La Meca, cuando siendo muy pocos, salieron de allí para evitar la ira de Quraish. A lo largo del viaje los musulmanes repetían una oración que les había enseñado el Profeta, que a su vez la había recibido del arcángel Gabriel. Esta oración, “el talbiya”, es desde entonces parte del ritual de la peregrinación y es una respuesta a la llamada que Allah ordenó hacer a Abraham cuando él e

Ismael acabaron la construcción de la Kaaba, y dice así:

*“Labbaika Allahumma, labbaik labbaika
la sharika laka labbaik
inna al hamda wan niamata laka wal mulk
la sharika lak*

*“Aquí estoy, Allah,
a Tu servicio, aquí estoy.
Nadie puede asociársete.
Aquí me tienes.*

Toda alabanza y bendición son tuyas, como lo es también el Reino entero.” Después de diez días, los peregrinos pasaban a la puesta del sol por el mismo paso por el que entraron el día de la conquista de La Meca. Cuando llegaron a la Kaaba el Profeta rezó allí y después él y todos los musulmanes dieron siete vueltas alrededor de ella invocando a Allah. Después, tal y como Abraham había hecho, se fueron hacia el Monte de la Misericordia en el valle de Arafát, al que el Profeta subió a camello. Desde allí dirigió a la gente en la oración y después habló a la multitud reunida en la llanura. El Profeta dijo lo que se ha

conocido como el Sermón de Despedida, porque fue el último que dijo antes de morir.

Dijo: “En verdad que vais a encontraros con vuestro Señor y os pedirá cuentas por vuestras acciones.” Pidió a los musulmanes que siguieran la guía del Corán y de su ejemplo. Dijo que esa era la mejor manera de vivir. Les ordenó dejar de vivir como lo habían vivido antes del Islam. La venganza, una de las tradiciones más antiguas de Arabia, se acabó para siempre; la usura se prohibió y la propiedad debía ser respetada. Cosas que antes eran prohibidas sólo durante cuatro meses al año se prohibieron para todo el año, y ordenó: “Sabed que cada musulmán es un hermano para los otros musulmanes”. Esto era una idea nueva para las tribus que tan a menudo habían peleado unas con otras. También dijo que Allah había dado a cada uno lo suyo, exactamente lo que merecía. Después de cada punto el Profeta preguntaba: “¿Lo he explicado bien?, ¿Está claro?” y todos contestaban al unísono: “Sí”. Les dijo que los presentes deberían hacer saber esas instrucciones a los ausentes y así a las generaciones futuras.

El Profeta dijo: “Os dejo dos cosas que si os agarráis a ellas estaréis a salvo: el Libro de Allah y el ejemplo de vuestro Profeta. Entonces les preguntó: “¿He hecho llegar el mensaje?” Todos juraron al unísono: “Sí, por Allah que lo has hecho” Entonces el Profeta terminó diciendo: “Oh Allah, Tu eres testigo”.

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“Quienes se empeñan en negar la verdad han perdido la esperanza de [hacerlos renunciar a] su religión. No tengan temor de ellos, sino que tengan temor de Mí. Hoy les he perfeccionado su forma de adoración, he completado Mi gracia sobre ustedes y he dispuesto que el Islam sea su religión.” Corán (5: 3)

De los ojos de muchos brotaron lágrimas. Ahora sabían que el Profeta había completado su mensaje y temían que su vida fuera a acabar pronto. Tras pasar el resto del día de Arafá rezando y meditando, los peregrinos comenzaron a completar sus ritos volviendo a Meca con el “talbiya” continuamente en sus labios. La primera noche del viaje de vuelta la pasaron en Muzdalifa. Allí reunieron algunos

guijarros para llevar al día siguiente a Mina, donde se detuvieron ante una enorme roca y la apedrearon en recuerdo del encuentro entre Abraham y el diablo, que tuvo lugar en ese sitio. Cuando Abraham recibió la orden de sacrificar a su hijo Ismael como prueba de fe, el diablo intentó convencerle de que no lo hiciera; salió a su encuentro allí en Mina cuando se dirigía a cumplir la orden de Allah. Pero Abrahám, sin prestarle atención, cogió guijarros y los arrojó contra él para alejarlo. Desde aquel día en que el Profeta lo hizo en la última peregrinación, el tirar las piedras ha sido parte de los ritos de la Peregrinación, para recordarnos que todos debemos seguir alejando al diablo cuando trata de impedirnos que obedezcamos a Allah. Tras arrojar las piedras, los peregrinos sacrificaron corderos y camellos y dieron la carne para alimentar a los pobres. Con este acto se celebra la gran fe de Abraham porque cuando estaba a punto de sacrificar a su hijo Allah envió a un carnero en su lugar.

Los peregrinos completan finalmente los ritos con las siete vueltas alrededor de la Kaaba y se

cortan el pelo y las uñas, se cambian de ropa como señal de vuelta a la ordinaria. Antes de volver a Medina, los musulmanes pasaron tres noches en el valle de Mina, donde hicieron los últimos preparativos para el viaje de vuelta.

El Profeta hizo una última visita antes de dejar La Meca y fue a la tumba de su querida esposa Jadíya, que fue la primera persona en creer en la revelación a través de él. El Profeta sabía que ésta sería la última vez que la vería y que vería La Meca, porque durante la peregrinación había sido revelado el capítulo del Corán llamado “La Victoria” por el que supuso que su muerte no estaba lejana:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso

“[¡Oh, Mujámmad!] Cuando llegue el socorro de Dios y la victoria, y veas a la gente ingresar en masa a la religión de Dios, glorifica alabando a tu Señor y pide Su perdón; Él es Indulgente...” Corán (110).

LA MUERTE DEL PROFETA

Una noche, poco después de vuelta a Medina, el Profeta se despertó en medio de la noche y le pidió a su sirviente Abdullah que le ensillara su mula. Salieron de la casa y fueron a Baqi-al-Gar, el cementerio de la ciudad. El Profeta estuvo allí de pie frente a las tumbas y como podía ver a las personas enterradas ahí, les habló y rezó por ellos. Más tarde, Abdullah dijo: “El Profeta me ha dicho que se le ha ordenado rezar por los muertos y que yo iba a ir con él”. Después de hacer eso, el Profeta se volvió a Abdullah y le dijo: “Puedo elegir entre todas las riquezas de este mundo, una larga vida y después el Paraíso o encontrarme con mi Señor y entrar en el Paraíso ahora”. Abdullah le suplicó que escogiera una vida larga y rica seguida del Paraíso, pero el Profeta le dijo que ya había escogido encontrarse con su Señor ahora, mejor que quedarse en el mundo.

A la mañana siguiente el Profeta se despertó con un dolor de cabeza terrible pero, a pesar de ello, dirigió la oración en la mezquita. Por lo que dijo a la gente allí reunida, se entendió que su muerte

estaba cerca. El Profeta alabó a su mejor amigo Abu Bakr, que había empezado a llorar, y les dijo a todos que sabía que se iban a encontrar de nuevo en una laguna del paraíso. Añadió sin embargo, que aunque estaba seguro que siempre adorarían solo a Allah, temía que los placeres de este mundo les atraerían y que empezarían a competir unos con otros por las posesiones materiales, olvidándose de las cosas espirituales.

Poco después, el Profeta pidió que le llevaran a la habitación de Aísha, una de sus esposas. Pasaron algunos días y la fiebre fue subiendo hasta que un día estaba tan enfermo que no pudo ni salir a la mezquita, que estaba justo al lado de donde Aísha vivía. El Profeta le dijo que les dijese a los musulmanes que su padre Abu Bakr dirigiera la oración, lo que les entristeció porque era la primera vez que alguien sustituía al Profeta.

Más tarde, el día doce del mes de Rabia-al-awal, el año once después de la Hégira (8 de junio del año 632 d.C), el Profeta oyó las voces de la gente durante la oración. Con gran esfuerzo se levantó y les observó desde su puerta haciendo la

oración en filas tras Abu Bakr y sonrió lleno de satisfacción. Abu Bakr se dio cuenta y se retiró hacia atrás un paso para dejarle el sitio al Profeta. Los musulmanes se alegraron pensando que iba a hacer la oración con ellos como siempre, pero el Profeta, que tenía ese día un aspecto radiante y bello, hizo señal de que siguiesen como estaban. Hizo la oración sentado a la derecha de Abu Bakr. Después se volvió al cuarto y apoyó la cabeza en el regazo de Aísha.

Estaba sufriendo tanto que su hija Fátima se echó a llorar de pena. El Profeta le dijo: “No hay pena para ti después de este día; la muerte se me ha presentado. Todos hasta el día del Juicio debemos sufrirla”. Mientras estuvo allí, Aísha recordó que un día él había dicho: “Allah nunca se lleva a un Profeta sin darle antes a elegir”. Entonces oyó que el Profeta hablaba. Sus últimas palabras fueron: “Elijo la más alta compañía en el Paraíso”. Aísha entonces se dijo: “No nos está eligiendo a nosotros”.

Cuando le gente en la mezquita oyeron que el Profeta había muerto, se llenaron de dolor. Omar no podía creerlo y gritó que no era

verdad. Entonces Abu Bakr salió calmadamente y habló diciéndoles: “Toda la alabanza le es debida a Allah. Quien estuviera adorando a Muhammad, Muhammad ha muerto. Pero quien adore a Allah, Allah es El Vivo, El que no muere”. Recitó entonces estos versículos del Corán que habían sido revelados antes de la batalla de Uhud:

En el nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso
“Mujámmad es un Mensajero a quien precedieron otros. ¿Si muriera o le dieran muerte, volverían al paganismo? Quien regrese al paganismo no perjudica a Dios. Dios retribuirá generosamente a los agradecidos. Ningún ser puede morir excepto por el designio de Dios, lo que se encuentra escrito con anterioridad. Quien desee el provecho de esta vida mundanal, le concederé parte de ello; pero quien quiera la recompensa de la otra vida, se la otorgaré. Así recompensaré a los agradecidos...” Corán (3: 144-145)

Juró fidelidad a Abu Bakr, a quien el Profeta había elegido para dirigir la oración; Abu Bakr aceptó y concluyó lo que había dicho con estas palabras: “Obedecedme mientras obedezca a

Allah y a su Enviado; pero si desobedezco a Allah y a su Enviado no me debéis obediencia. Levantaos para hacer la oración y que Allah tenga compasión de vosotros.”

La gente se levantó y le preguntaron:

¿Donde será enterrado el Profeta? Abu Bakr recordó que el Profeta había dicho: “Todo Profeta es enterrado en el sitio donde muere”. Y así fue enterrado en una tumba excavada en el suelo de la habitación de Aísha junto a la mezquita. Aquel sitio vino a llamarse Haram el Nabawy y los musulmanes de todo el mundo van allí a rezar y saludar al Profeta invocando sobre él bendiciones y paz.

“y tendrás una recompensa ilimitada. Eres de una naturaleza y moral grandiosas.” Corán (68: 3-4)

GLOSARIO

Abdallah: El hijo menor de Abd al-Muttalib. Padre del Profeta.

Abd Allah Ibn Ubayy: Uno de los gobernantes de Yazrib antes de la Hégira. Se hizo musulmán pero conspiró secretamente con los mecenos contra el Profeta.

Abd Al-Muttalib: Hijo de Hashim. Tomó el lugar de su padre como jefe de Quraysh. Cavó el pozo de Zamzam.

Abd Allah Ibn Abi Rabiah: Fue enviado con Amr Ibn al-'As a Abisinia.

Abdu Manaf: Hijo de Qusayy; asumió como líder de los Quraysh después de la muerte de su padre.

Abraha: Rey de Yemen que vino a La Meca con un gran ejército para destruir la Kaaba.

Abraham (Ibrahim): El padre fundador de las tres religiones monoteístas (que adoran a un solo Dios): Judaísmo, Cristianismo e Islam. Los descendientes de su hijo Ismael formaron la tribu de Quraysh, que es la tribu del Profeta Muhammad.

Abu Bakr: Un mercader de La Meca rico y muy respetado. El primer hombre en creer en el Profeta y

abrazar el Islam. Fue el amigo y compañero más cercano del Profeta.

Abu Duyana: Uno de los grandes guerreros de los Ansar. Fue él quien murió protegiendo al Profeta con su propio cuerpo durante la batalla de Uhud.

Abu Yahl: Uno de los hombres importantes de Quraysh. Se opuso violentamente al Islam e hizo muchas cosas para dañar al Profeta. Fue asesinado en Badr.

Abu Lahab: Uno de los tíos del Profeta Muhammad, que fue un gran enemigo del Islam. Se le menciona en el Corán en la Surah 111.

Abu Sufian: Uno de los líderes de Quraysh que dirigió a los incrédulos en su lucha contra el Profeta. Finalmente se hizo musulmán. Su esposa era Hind.

Abu Talib: El tío del Profeta, padre de 'Ali, uno de los hombres respetados de Quraysh. Cuidó del Profeta después de que murió su abuelo y continuó protegiéndolo hasta su propia muerte.

'Addas: Un sirviente cristiano de una de las grandes tribus de Ta'if y la única persona de esta ciudad en creer en el Profeta durante su primera visita allí.

Adan: Llamada a la oración.

'Aishah: La esposa del Profeta e hija de Abu Bakr.

Al-'Abbas: Uno de los tíos del Profeta. Se convirtió al Islam y se unió a los musulmanes justo cuando estaban a punto de entrar en La Meca.

Ali: Hijo de Abu Talib. Primo hermano del Profeta. 'Ali luego se casó con Fátima, la hija menor del Profeta.

Allahu Akbar: Frase que significa "Dios es el más Grande".

Zakat: Dinero, ropa o comida dada a los pobres. (Limosa).

Amna: Aminah bint Wahb. La madre del Profeta.

'Amr Ibn Al-'As: Un hombre importante y astuto de Quraysh; fue enviado a Abisinia para traer de vuelta a los primeros emigrantes musulmanes. Más tarde se convirtió en uno de los grandes guerreros del Islam.

Ansar: Los habitantes de Al-Madinah que se hicieron musulmanes y pidieron al Profeta que fuera a vivir con ellos.

Apóstol: Persona enviada a enseñar a los hombres acerca de Dios.

Assalamu Aleikum Wa Rahmatullahi Wa Barakatuh: Frase utilizada por los musulmanes como saludo, que significa: "Que la Paz, la Misericordia y la Gracia de Allah estén sobre ustedes".

Bahira: Un monje que vivía en el desierto en la ruta de las caravanas de Quraysh a Siria.

Bani Hashim: La rama de Quraysh a la que pertenecía el Profeta.

Bani Qurayzah: Una tribu judía que vivía en Yazrib en el momento en que el Profeta llegó allí. Varias veces traicionaron su pacto con el Profeta, obligándolo a luchar contra ellos.

Beduino: Árabes nómadas del desierto, usualmente pastores.

Bilal: El esclavo de Umayyah ibn Khalaf. Se hizo musulmán contra la voluntad de su amo y fue perseguido cruelmente pero nunca perdió su fe. Más tarde se convirtió en el primer mu'adhin (la persona que llama al adhan).

Bismillah: La frase que significa "En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso".

Botín: Cosas capturadas a un enemigo en la guerra.

Buraq: Animal que montó el Profeta Muhammad en su ascensión al cielo (el Isra' y Mi'raj).

Caravana: Un grupo de viajeros, usualmente mercaderes con sus mercancías.

Clan: Familia grande o tribu.

Congregación: Reunión de personas para orar.

Convertirse: Cambiar de un estado a otro, usualmente dicho de la religión.

Copto: Un cristiano egipcio.

Descendientes: Personas originadas de cierta persona (hijos, nietos, etc.).

Destinado: Predestinado, ya decidido por Dios.

Hambre: Escasez de comida.

Ayunar: Abstenerse de comida y agua, ej. el mes de Ramadán.

Fitrah: La naturaleza original pura que Dios dio al hombre.

Gabriel (Jibril): El Arcángel que transmitió la Revelación del Corán al Profeta de parte de Allah.

Pastar: Alimentarse de hierba, como hacen las ovejas.

Guardián: Uno que es responsable de alguien (ej. un niño) o un lugar, o cosa.

Hadiz: Un relato de lo que el Profeta dijo o hizo, o su aprobación silenciosa de algo dicho o hecho en su presencia.

Hagar (Haajar): La segunda esposa de Abraham y madre de su primer hijo Ismael.

Halima: Una mujer beduina de Bani Sa'd, que cuidó del Profeta durante su primera infancia.

Hamza: El tío del Profeta; uno de los más valientes y fuertes de los musulmanes. Luchó en Badr y fue asesinado en Uhud.

Hashim: Hijo de Abdu Manaf. Organizó los viajes en caravana de Quraysh a Siria y Yemen. Como resultado, La Meca se enriqueció y se convirtió en un centro comercial grande e importante.

Heraclio: Emperador del Imperio Romano de Oriente.

Hermit: Un hombre santo que vive lejos de la gente.

Hégira: La huida de La Meca a Al-Madinah; emigración.

Hind: La esposa de Abu Sufyan.

Imán: Un hombre que dirige a los musulmanes en la oración.

Ismael (Isma'il): El primer hijo de Abraham con su esposa Hagar. Se estableció en La Meca donde ayudó a su padre a reconstruir la Kaaba. De sus descendientes surgió Quraysh.

Islam: Religión revelada al Profeta Muhammad.

Ja'far Ibn Abi Talib: Un primo del Profeta y hermano de Ali, fue el portavoz de los musulmanes que emigraron a Abisinia.

Jadíya: La primera y única esposa del Profeta Muhammad hasta su muerte. Fue la primera en creer en el Profeta y en aceptar como verdadero el Mensaje que trajo de Allah.

Khalid Ibn Al-Walid: Un gran guerrero, muy hábil en la guerra. Planeó la derrota de los musulmanes en Uhud, pero luego se convirtió al Islam y luchó aún más fuertemente por su nueva fe.

Mártir: Uno que muere por la causa de Dios.

Maisara: El esclavo de Jadiyah. Acompañó al Profeta en su viaje con las caravanas de Jadiyah.

Minarete: Torre desde la cual se hace el llamado a la oración.

Mezquita: Edificio en el cual oran los musulmanes. (Mezquita).

Musulmán: Uno que se somete a Dios, usualmente refiriéndose a los seguidores del Profeta Muhammad. (Musulmán).

Oasis: Un área pequeña en el desierto donde se encuentra agua y árboles.

Paraíso: Lugar al que van las almas de las buenas personas después de la muerte. (Paraíso).

Peregrinación: Viaje a un lugar santo, ej. el Hajj.

Fin.

“En cambio, a quienes tengan fe, obren rectamente y crean en lo que fue revelado a Mujámmad, que es la Verdad proveniente de su Señor, Él les perdonará sus pecados e infundirá paz en sus corazones.”

Corán (47:2)

“Y cuando Jesús, hijo de María, dijo: “¡Oh, hijos de Israel! Yo soy el Mensajero que Dios les ha enviado para corroborar la Tora y anunciar a un Mensajero que vendrá después de mí llamado Ajmad” 1. Pero cuando les mostró los milagros, dijeron [con incredulidad manifiesta]: “¡Esto es pura hechicería!”

Corán (61:6)



www.best-speech.org
info@best-speech.org

Not For Sale